

Bodega, TS(3) p 12

El Arte en la época colonial de Chile

por

LUIS ROA URZUA



Santiago de Chile
IMPRENTA CERVANTES
Agustinas 1354
1929

El Arte en la época colonial de Chile

AAID 9910

El Arte en la época colonial de Chile

por

LUIS ROA URZUA

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"



Santiago de Chile
IMPRENTA CERVANTES
Agustinas 1354
1929

**IMPREN
TA
CERVANTES**
Agustinas, 1354

— 1929 —



El arte en la época colonial de Chile

El número más interesante del programa del Centenario de nuestra Independencia fué, sin duda, la Exposición Histórica Retrospectiva. En Abril de 1910 el Supremo Gobierno nombró una Comisión de entusiastas cultores de lo Antiguo, para que presididos por don Joaquín Figueroa la llevaran a efecto; en unos cuantos meses pudo así organizarse una excelente manifestación del elemento artístico de la Epoca Colonial, que había en Chile.

En la vieja calle de las Monjitas, entre las de Claras y de San Antonio, se erguía con gótica majestad el Palacio Urmeneta; sentíase opulento con sus sólidas puertas y ventanales de cedro, con los amplios vitreaux de luces misteriosas, con las porcelanas de Minton de su pavimento. Pero todo ese esplendor se dignificó más aún en Septiembre de 1910, al hospedar en él viejos muebles, óleos y esculturas, tejidos de lana y sederías, obras prolijas ejecutadas en pasados siglos, por manos que ahora son polvo helado.

Inauguró esta Exposición el Vice-Presidente don Emilianio Figueroa, acompañado del Excmo. Señor Figueroa Alcorta, Presidente de la República Argentina. Fué ese acto, suficiente recompensa para los que habíamos trabajado rudamente en dicha obra: los visitantes extranjeros se sintie-

ron sorprendidos ante tan alto exponente del Arte en Chile.

Todo lo humano es transitorio: tanta grandeza no podía perdurar. El Palacio Urmeneta fué demolido... para ofrecer su terreno desnudo a \$ 500 el metro.

No se enriqueció con ello el demoledor; y la Capital perdió el único Palacio que poseía. Rondaban en cambio los artistas, y un grupo afortunado de ellos cargó con cedros y caobas, con los hermosos lampadarios de cobre y cristales multicoloros, con las lozetas y graderías de piedra del suelo, con muchos quintales de buen cobre que en gruesas láminas cubría la empinada techumbre, o que en cañerías subterráneas repartía el calor. Mientras esto sucedía en la Capital de Chile, debido tal vez a que por las rotativas ministeriales de ese tiempo el Fisco no pudo comprar dicho inmueble que le fué ofrecido por un precio vil, en la ciudad de Lima el Gobierno del Perú adquiriría para el Ministerio de Relaciones el suntuoso Palacio de Torre-Tagle, de la Epoca Colonial.

La Exposición Histórica de Arte Retrospectiva que patrocinó en 1910 el Excmo Sr. don Pedro Montt, produjo dos resultados benéficos. Fué el 1.º de ellos la fundación de nuestro Museo Histórico, que con entusiasmo y gran acierto dirige hasta ahora Don Joaquín Figueroa. El 2.º fué la enseñanza objetiva que se dió a los miles de visitantes de dicha Exposición que vieron y apreciaron algo aún ignorado: que por sobre los objetos adocenados del Comercio de la capital había otras bellezas superiores, otros méritos hasta entonces desconocidos de la mayoría de los chilenos y sólo percibidos por un grupo escaso de *iniciados*. Fué éste un despertar del Arte en nuestra sociedad.

Para la multitud, no para el grupo de artistas que saben más que yo, escribo estas páginas, que son contribución que me exige la Sección de Estudios Coloniales de la Sociedad de Historia y Geografía, para continuar honrándome como uno de sus miembros activos.

La Humanidad, en todas las edades y en todas las razas, ha dedicado sus mejores manifestaciones de labor y de es-

fuerzo a la construcción de Templos, recintos consagrados al Culto de la Divinidad.

Esta observación, que es general a todas las naciones, se ve más acentuada aún en el Pueblo Hispano. Y se explica: durante el lapso de varios siglos luchó España contra las huestes agarenas hasta libertarse por completo de su ominosa dominación en la Península; así es que entre los hispanos una generación heredaba de la anterior el culto a su Dios conjuntamente con el amor a la patria. De esa estirpe, a la vez guerrera y religiosa, fueron los Conquistadores, los que se hacían a la vela con rumbo a las Indias, confiando más en el cielo que en los vientos o que en la pericia de sus marinos. De allí, pues, que el primer Arbol que en el nuevo mundo plantaran fuese la Cruz Redentora, convertida por ellos en el signo de la Conquista. Para venerar esa Cruz la cubrían con un Templo, y para cultivarla edificaban a su lado un Convento. Esta pujante raza continuó en las Américas, como en España, dando a la milicia sus primogénitos, y a los altares los segundones de toda noble casa.

Digo de toda noble casa, entendiéndolo por nobles no sólo a los cortesanos, sino también a los hijos-dalgos, puesto que todo título se concedía por acciones heroicas, por esforzados servicios a la Patria en los campos de batalla. Temerario sería aseverar que nuestros Conquistadores fueron malhechores que las cárceles de España iban vaciando a las naves que venían a Indias, ya que en el archivo de Sevilla se registran las licencias necesarias para dicho viaje. Los que tal creen, bien sabido se lo tendrán por los documentos de sus familias.

Tampoco aceptamos que sólo los impulsara la codicia, aunque ayer como hoy el Becerro de Oro tiene muchos adoradores; pero en el apretado corazón del codicioso no caben las grandes empresas, actos tan geniales como los de la Conquista. Bien sabemos que a América vinieron mercaderes, pero mucho más tarde, en el siglo XVIII; casi todos ellos Navarros honrados que prestaron en su época servicios a estas regiones, que fundaron aquí digna prole; honraron a su Patria, aunque no tuvieron que exponer sus pechos en el

fragor de los combates, como lo hicieron tantos intrépidos y ardorosos hijos de Andalucía, primicias de la Conquista.

Muchos siglos antes del Descubrimiento de América, se levantaban ya gigantescas construcciones de piedra; de piedras tan suaves como la tersa superficie de un espejo, tan unidas unas a otras que no admiten en sus cantos la introducción de un alfiler, tan pesadas que necesitarían la fuerza conjunta de muchos brazos, y de tales dimensiones, que en uno de esos bloques colosales llegué a contar hasta 13 ángulos. Tal es el Templo del Sol en el Cuzco Monumental. Así también los restos de Machu Picchu y de Pisac, en el Sur del Perú.

Atravesando el lago de Titicaca, a corta distancia de La Paz, nos sentimos sobrecogidos de respetuosa admiración al contemplar en medio de vasta llanura las diversas ruinas de Tiahuanaco y sobresaliendo en grandeza y esplendor entre las varias construcciones de la ciudadela, el gran Templo.

Por muy fría que sea la sangre que corre por las venas, no se puede avanzar, impresionados por dos ídolos colosales en piedra, que a manera de atalaya defienden del Templo la entrada. Dicho umbral es una piedra monolítica, que representa un largo cuerpo de Puma con dos cabezas, que clavan su mirada tantas veces secular en el débil viajero de esta vida que allí pretende penetrar.

Los Incas, señores de esa raza en la época que llegaron al Perú los soldados españoles, habían desplazado 4 a 5 siglos antes al pueblo megalítico que dejó huellas tan imborrables como sus Templos y fortalezas de piedra, tan vastas y profundísimas como las inagotables y valiosísimas huacas de sus laderas, tesoro inestimable para los sabios modernos, quienes removiendo las diversas capas de la tierra, van leyendo la prehistoria de los primitivos naturales de América.

No así en Chile. Parece que no se podrá llegar a probar que sus anteriores pobladores hayan formado un solo estado, una sola y compacta población. A la inversa, todo hace creer que eran varias las tribus, independientes entre ellas, que se extendían al largo del territorio, y que jamás se unieron entre sí, ni llegó una a predominar sobre las demás. Así se explica esta carencia de monumentales construcciones, que

sólo se levantan en el transcurso de largos períodos de tiempo y bajo la influencia dominadora de una grande y sólida autoridad. Nada poseemos, obra humana, anterior a la Conquista.

Del Chile primitivo, propiedad de los habitantes prehistóricos, no podemos ostentar ante la humanidad moderna, como herencia legítima, sino dos largos muros milenarios que paralelos nos independizan de los Continentes: el *Mar nuestro*, llamado Pacífico, pero que sabe de magnas iras para defendernos, como también de raudales de vida para alimentarnos; y *Los Andes*, de escarpadas crestas cubiertas siempre de alba nieve, que acariciando peñas tras peñas descende líquida hasta besar nuestras tierras; los *Andes*, que con sus volcanes candentes encienden el valor de esta raza; los Andes, cuyas entrañas, arca nuestra inagotable, por siglos y siglos van vaciándonos el preciado metal rojo que nos da lugar privilegiado en el festín del mundo. Y sobre nuestros Andes y nuestro Mar descansa, tachonado de brillantes, un cielo diáfano y puro, el más azul de todos los cielos, que eleva en alto nuestras miradas: ¡Sursum Corda!

Los aborígenes chilenos adoraban a la Divinidad, con sacrificios sobre las rocas de las costas, o en el fondo de las selvas. En los bosques araucanos había canelos seculares, testigos mudos del culto primitivo regional, a cuya sombra tenían lugar las ceremonias rituales, para adorar a la Divinidad o aplacar sus iras.

POR LAS ESFERAS RELIGIOSAS

CONVENTO MÁXIMO DE FRANCISCANOS

Recién fundada la ciudad de Santiago, sus habitantes tuvieron para el culto divino 3 pequeñas ermitas. Se levantó la 1.^a de ellas en el cerro Huelén y fué dedicada por D. Juan Fernández de Alderete, que la costeó, a la virgen y mártir Sta. Lucía, de donde se derivó el cambio de nombre del hermoso cerro. En 1540 el Conquistador D. Pedro de Valdivia traía consigo una pequeña estatua de finas manos y de rostro delicado, el resto del cuerpo era de ropaje de seda.

Era ésta una imagen de María Santísima; a Ella invocaban Valdivia y los suyos en las horas amargas. En gratitud a María por el gran *socorro* que obtuvieron los españoles con la llegada de Monrroy, erigió a Ntra. Señora del Socorro una ermita, al comienzo de la Cañada. Cuidaron de ella y del asilo anexo los Mercedarios, que tenían a su cargo el Ejército. Cuando estos Padres partieron con el Conquistador a la expedición del Sur, llegaron a Santiago los Frailes Menores y allí se instalaron en 1556.

Comenzaron a construir su Convento y levantaron un templo más ámplio, tal vez el mismo que hoy poseen en la Alameda, con diversas modificaciones. Su altar mayor, enorme construcción en madera, con nichos y columnatas, es anterior a 1800, y en su camarín, sobre las manos de dos ángeles que doblan su rodilla reverente se eleva la pequeña

imagen de María del Socorro, que fué de D. Pedro de Valdivia. Posée este Templo 3 confesionarios del siglo XVII, en madera chilena, profusamente tallados por manos indígenas.

El *Agua lustral*, que se ofrece a la entrada de toda Iglesia, se presenta en unas fuentes de alabastro amarillento, las más simples que hemos visto, y las pilastras que las soportan son en dura madera negra, de genial forma y talla algo remedo del Renacimiento, pero criollo.

En la Sacristía habíamos admirado una Casulla, llamada de N. Padre; es ella de exuberante riqueza y fantasía andaluzas. Fué, pues, fabricada en España, a principios de 1700; está recamada de vistosas flores de seda de vivos colores, de plata y oro.

Para quemar el incienso litúrgico hay juegos de incensarios forjados en plata, muy repujados; son ámplios de caja, para que así puedan exhalar nubes y nubes de incienso, símbolo del amor divino que arde en el corazón de los Hijos del Seráfico Padre.

En las procesiones usan dos valiosos candelabros de plata cincelada, anteriores a 1700. De la misma época datan dos artísticos atriles, para las Misas solemnes, como también la gran urna para el Jueves Santo. Trabajos estos en plata bien forjada y repasada a cincel, que está adornada con insignias de la Orden.

Pero la principal joya del Tesoro es el cáliz de la *Reserva*, fabricado en plata martillada, con pequeños querubines esmaltados. Este caliz corresponde al siglo XVI. Hubo antes en este Convento una Cruz valiosa, de las llamadas de *Tierra Santa*, totalmente cubierta de láminas de concha de perla. Se ven magistralmente grabadas en ella las imágenes del Cristo Crucificado, de María de los Dolores, de los de Evangelistas y de San Francisco de Asís.

Cuatro querubines contemplan con rostro dolorido al Cristo ya difunto.

Por su buena época, siglo XVI, por su gran dimensión, como por la primorosa ejecución del dibujo en concha, es el mejor ejemplar de esta clase de trabajo. Años atrás fué enajenada por los Padres, y me cupo la suerte de poder recuperarla para mi casa.

Comunícase la Sacristía con el Claustro por una gran puerta de madera de ciprés totalmente tallada, del año de 1608. Las 3 hojas de dicha puerta ocupan 5 metros de alto por 3 de ancho y están dentro de un grueso marco, exuberante en dibujos Renacimiento. En el piso hay varias gradas de grueso alabastro, de trozos eslabonados entre sí, ya muy gastados y patinados con el uso de más de 3 siglos. Es ésta la única puerta de esta clase que existe en Chile, y podría dignamente rivalizar con otros trabajos semejantes que suelen encontrarse en el Perú y Bolivia.

Avanzamos por el Claustro Principal; es de dos pisos, de anchos corredores formados por baja arquería de ladrillos que descansa en columnas redondas y delgadas.

Interminable serie de grandes óleos encuadrados en talladas cornizas pende de los muros; hacen revivir a nuestros ojos escenas interesantísimas de la vida del *Poverello* de Asis, pletóricas de misticismo. Esta colección es un aporte considerable al naciente arte pictórico chileno en la época colonial. Centinela de más de 3 siglos, una encumbrada palma chilena veía pasar, hasta ayer no más, por los silenciosos corredores, falanges de humildes religiosos. Perdió su sávia y midió con su yacente talle el gran claustro. Cave a su vacío puesto, otra hija ya secular comienza a modular en su follaje canciones dulces, recogidas.

Por ancha y tendida escalera que arranca del ángulo nor-poniente del claustro principal se llega al coro de la Iglesia. En él vienen los Religiosos salmodiando sus preces litúrgicas diarias y entonando sus cánticos, al rededor de enorme fascitol que sostiene viejos antifonarios, ya 3 siglos. En otros Conventos esto se llama el *Coro bajo*; pero los Frailes Menores han puesto su *Coro muy alto*, lo más cerca de la bóveda del Templo, para acercarse más a las alturas. De este coro, de su estupenda sillería en nogal tallado, que data de principios de 1600, no puedo decir sino que es lo mejor que hemos visto en el país. Muchas riquezas en objetos destinados al culto tenían estos religiosos, pero a veces por necesidad, otras por falta de conocimiento de su mérito, ya que en el clero tanto regular como secular, hasta hace poco había

de esta materia profunda ignorancia, tomaron el camino del siglo, abandonando el Claustro.

BASÍLICA DE LA MERCED

Cuando las operaciones militares del Sur, de la primera época, dejaron respirar a los Mercedarios, que servían al Ejército, pensaron en vivir. Estableciéronse en los alrededores del cerro Huelén, cuidando de la Ermita de Santa Lucía. Abrieron su Convento con frailes venidos de Lima. Fueron misioneros Mercedarios los primeros que con Colón en 1512, con Hernán Cortés en México, con Pizarro en el Perú y con Almagro y Valdivia en Chile predicaron a Cristo.

El Padre Correa había sido el primero en llegar a Chile. Comenzaron su Templo en el mismo lugar en que hoy está la Basílica, contando con la generosidad de Don Rodrigo de Quiroga, inaugurándolo en 1566.

Varias veces destruído por incendio y terremotos, el actual data de 1735, dirigido por el Padre Covarrubias, quien sobre los cimientos de la primera Iglesia, y aprovechando los mismos ladrillos y ferretería, dotó en corto plazo a los padres de Convento y a la Capital del hermoso Templo romano, digno trono de Ntra. Señora de las Mercedes. En 1891 fué ricamente restaurado. Dentro de un hermoso camarín se venera en el Altar Mayor la imagen de Ntra. Madre de las Mērcedes, traída por el Padre Correa en los albores de la Conquista. Descansa la imagen sobre un gran trono de plata totalmente repujada. El frente del camarín está recamado de elegantes y hermosas placas de plata dibujadas con maestría a principios del siglo XVIII.

Venérase en un altar de la nave sur una escultura en madera, de tamaño natural, obsequio del Rey Felipe II. Es el Cristo agonizante, como el de Burgos. Tiene esta escultura la particularidad de llevar marcados los nervios y tendones con incrustaciones de nácar y marfil.

No podemos silenciar en este templo el recuerdo de la Cátedra de la Verdad, o sea, el Púlpito, que perteneció a la Iglesia anterior. Es de madera con tallas primorosas y rica

mente decoradas. Sirvenle de base los 4 símbolos de los Evangelistas: el Aguila, el Toro, el León y el Angel. Sobre estos símbolos descansa la caja o centro del Púlpito, rodeado de los Evangelistas que llevan sus inspirados Libros. La columna del respaldo está cubierta con un bajo-relieve de María de las Mercedes entre un nimbo de ángeles que da a San Pedro Nolasco el albo escapulario de la Orden. El portavoz está adornado de largas hojas y coronado por una copa de oro, de la cual se desprenden rojas llamas, símbolo del amor divino, efecto de la palabra del Espíritu Santo. Además de atriles e incensarios de plata, posee la Basílica una joya histórica: un pequeño cáliz de oro, de 0,20 de alto.

Es ya de 4 siglos; lo creemos el más antiguo de Chile, traído por los primeros Mercedarios. En él celebraba la Santa Misa el Padre Luis de la Peña, en la ciudad de Valdivia ante los soldados españoles en Noviembre de 1599, cuando cayó el Padre atravesado por las flechas de los Indios, que derrotaron a los españoles. Cuenta la tradición que al beber en él un indio cayó muerto.

«Apenas puso el cáliz consagrado
En la boca pestífera y sedienta,
Cuando por los hijares, el cuitado
Con no pequeña turbación revienta».

— *Alvarez de Toledo.* (Purén Indómito. Canto XX).

DOMÍNICOS

Don Rodrigo de Quiroga y su esposa D^a. Inés de Suárez habían establecido fuera de Santiago una 3.^a Ermita, sita en el Cerro Blanco, en el cual había una viña; éste es el origen de la Iglesia de la *Viñita*.

Los dichos esposos fueron grandes protectores de los Padres Dominicos que llegaron a Chile en 1557, e hicieron cesión a ellos de vastos campos en los alrededores de dicha Ermita, que pertenecen actualmente a los Recoletos Dominicos. Fundaron su Convento y edificaron su Iglesia en el

mismo terreno en que hoy está Santo Domingo, cedido por D. Juan de Esquivel. El Templo actual fué terminado en 1806; está construído de piedra de sillería y coronado por dos torres cuyos muros son también de piedra.

Cupo a Santo Domingo la suerte de contar para su fábrica con el arquitecto Toesca, que había llegado acá de Roma en 1780, y que con tanto acierto dirigió la construcción del Palacio de la Moneda.

Los contrafuertes que tienen estos muros en todo su exterior, como también al interior, a la vez que cortan la monotonía de largas dimensiones, han sido tenaces amarras que han hecho que Sto. Domingo nada haya sufrido en su solidez en este país de terremotos.

Podemos decir de su frontis que es el mejor que hay en Santiago. Es de admirables proporciones. Del conjunto bien combinado de sus tres enormes puertas en el primer cuerpo, de las dos ventanas redondas y de la oblonga central en el 2.º cuerpo, enriquecido con cuatro grandes estatuas en hornacinas hechas en la piedra, resulta tranquila armonía y belleza. Estas cualidades se ven aseguradas aún más por dos cuadrados torreones de piedra y entre ambos la estatua de la Virgen del Rosario, coronando la parte superior de la construcción.

Las 3 puertas se presentan majestuosas con la exuberancia de altos clavos de cobre que las tachonan, los que a la vez son sólida trabazón entre los tableros de ciprés y los enormes marcos de la armadura que los sostienen.

Mucho han ocultado en el interior del Templo la majestad exterior, cubriendo la piedra con pintura blanca; felizmente para el arte, se levanta hoy en la Orden Dominicana un venticello propicio: ¡Caerá la pintura y reaparecerá la piedra noble!

El Altar Mayor es un severo tabernáculo romano en madera, el que ganaría si le retiraran el ejército de ampolletas eléctricas que lo oprimen, restándole así su belleza. Hay 4 altares laterales de gran valor, de mármoles raros, en los que predomina el negro. Fueron traídos de Nápoles por Monseñor Eyzaguirre hace 60 años, de una Iglesia demolida en fuerza de la transformación de la ciudad. El Púlpito es

en madera de caoba, adornado de oro; su estilo severo guarda armonía con el Templo y con la misión que corresponde a la Orden de los Padres Predicadores. Una estatua del Aguilón de Aquino está en su cumbre.

El Tesoro de Santo Domingo es de gran importancia. Cuenta con numerosos y elegantes vasos sagrados, de fabricación romana y francesa, como también varios cálices de origen chileno.

Merecen especial mención los objetos que siguen: el gran *Carro* de la Virgen del Rosario. Es éste un Templete de 2,50 mts. de alto por 1,50 mt. de ancho que sirve para llevar procesionalmente la imagen de la Stma. Virgen. Tanto sus gradas, como sus 4 gruesas columnas y capiteles, y también su techumbre cóncava son de plata de 0,9 de fino, prudentemente adornada. Gruesa guirnalda de laureles ejecutada en alto relieve va festoneando las 4 faces iguales. Los centros de la base ostentan emblemas simbólicos: uno con el nombre de María, otro con una mística Rosa. Sobre una peña también de plata se coloca la estatua de Nuestra Señora del Rosario, en sus grandes solemnidades.

Este Templete es anterior a la época de la actual Iglesia, estimando que estaba fabricado por el año de 1796.

El Santo fundador de la Orden, Domingo de Guzmán, tiene también su trono. Este carro es un tercio inferior en dimensión al anterior. La estatua del Santo se coloca sobre una gradería alta y de los cuatro ángulos de la base emergen elegantes copas de plata que reciben flores también de plata. A los piés del Santo llama la atención una magnífica escultura en plata de un perro que lleva en su hocico la *Tea encendida* simbólica de Santo Domingo.

Este trabajo, ejecutado todo en plata, corresponde a la época que llamamos de Luis XVI.

Llegamos a la obra maestra de platería que pertenece al Convento y que por sí sola honraría cualquier Museo: el *Frontal* de plata. La dimensión de él ya nos indica lo que representa; es una placa gruesa de plata de 3,20 mts. de longitud por 1,10 mt. de alto, totalmente dibujada en adornos usuales en la época de principios del siglo XVIII, o quizás antes. Presenta al centro, y a los lados 3 grandes y exube-

rantes repujes en forma de escudo: el del centro tiene el nombre de María con grande y hermosa corona sobre él; el del lado derecho las iniciales I-H-S, que es el nombre de Jesús; y al lado izquierdo, un monograma que no me ha sido posible precisar, puede ser: San José, como también San Ignacio. Es de una evidencia absoluta el origen de este Frontal; aunque el archivo del Convento nada dice respecto a él, podemos decir que fué fabricado en los talleres de los Jesuítas, en la Calera de Tango. Debió estar en la Iglesia de la Compañía para aplicarlo a la gran mesa del Altar Mayor en las solemnidades de la Virgen, y en seguida, ser nuevamente reservado.

Santo Domingo obtuvo de las autoridades coloniales este obsequio cuando fué suprimida de Chile la Compañía de Jesús, dejando en el país todos sus bienes.

Este Convento tiene otra pieza de mérito sobresaliente; es ella de las más interesantes que conocemos, y que sólo dos veces nos ha sido posible observarla, pues ella vive oculta a las miradas de los profanos, y también de los Religiosos: demasiada modestia.

Se trata de un Calvario de marfil. Veinte años atrás una ilustre y atrayente dama, que sabía de arte, tentó a los Padres, que dicho sea de paso habían ya cometido el error de destruir y vender varios objetos antiguos, los tentó ofreciendo por él \$ 5,000. Felizmente pudieron los Padres resistir a la tentación y ahora estarán felices de haber triunfado, pues hoy día estas 3 figuras de marfil serían mal vendidas en \$ 20,000. No olvidemos que nuestros pesos son cada año más livianos y el marfil vale en oro lo que pesa, y es muy pesado.

Está compuesto este grupo de tres figuras; dos estatuas laterales de 0,30 mt. cada una, que representan a María Santísima y al Apóstol S. Juan, ambas son de rostro hermoso aún en su expresión de hondo quebranto. Entre estas figuras se eleva una cruz de jacarandá con hermosas puntillas de plata calada. Pende de la cruz el Cristo, de 0,60 mt. de largo. Está en el momento en que levanta sus ojos al cielo, buscando en las alturas al Padre Eterno para entregar en sus manos el alma.

Ni artística ni anatómicamente podrá el gusto refinado pedir nada más. Respecto a época, tampoco cabe duda.

Tanto el color amarillento del marfil como sus vetas violáceas, así mismo la ejecución en estilo Bernini, con sus flotantes ropajes, expresan con evidencia que es obra del siglo XVII, y que se debe a un gran artista italiano.

Es muy de lamentar el poco aprecio que de él se puede hacer, ya que vive vida siempre oculta; parece que no deben sustraerse del culto público estas tan excelentes y sentidas manifestaciones del arte católica.

ERMITAÑOS DE SAN AGUSTÍN

Se establecieron estos Religiosos desde principios de 1600 en el mismo local que hoy ocupan; pero su Templo y Convento, tan bien tenidos, no alcanzan a la época que aquí estudiamos. Los Agustinos conservan sólo un recuerdo de la Colonia, pero insigne, y que lo cuidan con máxima veneración. Es el *Señor de Mayo*, que tiene su altar en la testera de la nave norte del Templo.

Del origen de esta imagen rezan las crónicas lo siguiente: Que la famosa Quintrala, vecina de San Agustín, no lo toleró en su casa por la mirada tan severa del Crucificado; y fué recogido por los Padres. La historia fidedigna dice que este Cristo ya estaba en esta Iglesia 20 años antes del temblor del 13 de Mayo de 1647. Era una severa escultura en madera, pero en la forma corriente. Después del terremoto, que en noche fatídica desoló por completo a Santiago, el Cristo apareció, como hoy se le ve, con la corona de espinas en la garganta, sin que haya sido posible colocarla de nuevo en las sienes, como varias veces se intentó.

IGLESIA METROPOLITANA

Cuando D. Pedro de Valdivia fundó la ciudad de Santiago a 12 de Febrero de 1541, destinó para Parroquia el costado occidente de la Plaza de Armas, y tomó posesión

de él D. Rodrigo González Marmolejo, virtuoso sacerdote que acompañaba a los conquistadores, nacido en Constantina de noble linaje. En 1562 el Sr. Marmolejo fué nombrado 1.er Obispo de Chile y erigió en Catedral su Iglesia Parroquial.

De entonces acá este Templo había sido construído más de 3 veces, hasta que el año de 1745 llegó del Paraguay el obispo D. Juan González Melgarejo, y con gran celo se dedicó a levantar un nuevo Templo Metropolitano, dando para ello de su propio peculio \$ 43,000 oro. Dirigió los trabajos el constructor chileno D. Antonio Acuña. En 1780 llegó a Santiago el arquitecto romano D. Joaquín Toesca y continuó la construcción sometiéndose a los planos primitivos.

Este Templo es de 98 metros de longitud por 30 de ancho; consta de una ámplia nave central y de dos laterales formadas por dos filas de arcos y de gruesas pilastras bien labradas. Todo él está hecho de piedra de sillería; se consultó para él tanta solidez, que los cimientos de los muros llegan subterráneamente a unirse con los cimientos de las pilastras de la nave central. Además, por el exterior una serie de gruesos machones de piedra, salientes de la línea mural, le sirven de sólido contrafuerte en los movimientos sísmicos, tan frecuentes en Chile. Su único campanario se elevaba esbelto al lado sur, sobre lo que hoy es Coro de la Capilla del Sagrario. Era gentil centinela de la ciudad, y tenía el gran tono de los campaniles de los templos romanos. El interior del Templo era imponente, severo; la luz penetraba en él discretamente por pequeñas ventanas, casi cuadradas, de cedro y cristales azul, rojo, verde y amarillo. Largas y anchas vigas estaban tendidas, a manera de puente, en la parte superior de la nave central. Eran sólidos cedros, unidos entre sí por grandes dibujos y tallas doradas. La generación presente puede imaginar el magnífico, el estupendo efecto que dichos artesones harían sirviéndose de un punto de partida: los dos severos y elegantes púlpitos que hay en el centro de la Iglesia. De la misma clase, de la misma madera y de los mismos colores era el artesonado de toda la nave central. Todo en cedro y oro legítimo, como puede el visitante obser-

var los púlpitos, lo único que hoy subsiste en el interior en su estado primero.

En hora aciaga para la capital llegó un estucador italiano, que había embadurnado la Iglesia Matriz de Talca; fascinó al gran Arzobispo Monseñor Casanova, quien le entregó el Templo en 1898, para su restauración. ¡Comenzó la devastación! Se levantaron voces aisladas, como la de D. Ramón Astorga y de Don Esteban Muñoz Donoso, pero se perdieron en el vacío. Era tal el ascendiente de que gozaba Monseñor Casanova ante el Gobierno y el Congreso, en su clero — que lo veneraba merecidamente y lo amaba — en la alta sociedad como en el pueblo, del cual siempre se condolía, era tal la fuerza de su prestigio, que muchos por la respetable personalidad del Prelado, honor de la Patria Chilena, y otros tantos por ignorantes, dejaron hacer.

Así, pues, con la complicidad de casi todos, excepción hecha de *El Mercurio* que publicó un editorial en contra, se derribó la alta y maciza torre de ladrillo que tenía de piedras su primer cuerpo, se voló toda la techumbre para darle una altura mayor que la conveniente a su estilo; se forraron con ladrillo y estuco los muros de piedra, las simpáticas ventanitas de cedro y cristales de color fueron retiradas de las capillas laterales y fueron reemplazadas dentro de cada arco por grandes ventanas de medio punto, de efecto desastroso. Todos los moldurajes tallados en la piedra de las columnas fueron golpeados para revestirlas con estucos de subidos colores. 18 grandes estatuas de madera y oro descansaban en lo alto de las pilastras, sobre una piedra saliente tallada en forma de elegante concha; no las perdonó la picota enfurecida, emparejó la piedra y dió a las hermosas estatuas una base de vigas de fierro y estuco.

En la nave principal en 8 pilares redondos de fierro decorado venidos de Inglaterra, descansaba el gran Coro para el Organo Mayor, de hermosas voces. Se hizo retroceder dicho coro, aprisionando dentro de un bajísimo arco este órgano que es gemelo del que hay en la Catedral de S. Pablo en Londres y restándole así importancia a sus voces.

En el exterior se armaron 2 torres de confitería en el frontis de la Plaza, y hacia el frontis del Congreso se levantó una

Cúpula despegada, que no se sabe de dónde nace; y era tan larga que hubo que suprimirle el 1er. cuerpo. Las hermosas puertas de caoba que dan a la Plaza habían sido pintadas de verde y purpurina, imitando bronce viejo. Un joven sacerdote se atrevió a preguntar al Sr. Arzobispo si él aceptaría que le pintaran de verde su reloj de oro. ¿Qué quiere Ud. decirme?, contestó el santo Prelado. Que las puertas de la Catedral son de *caoba* y que la *caoba* no se pinta, Itmo. Señor.

El Prelado ya se sentía abatido; facultó a ese sacerdote para que él dirigiera el arreglo de las 3 hermosas puertas. Amargamente le dijo: ¡Es mi pecado como Arzobispo, haber sido tan condescendiente con ese hombre!

Han pasado ya de mi vida 46 otoños desde aquella mañana de un Domingo de Ramos, en que con paso tímido penetré por vez primera en el Templo Metropolitano. Vagaba en él una luz incierta y tamizada, desprendida de las pequeñas ventanas de cristales multicolores. Otro haz de luz irisada penetraba por las mamparas que hay hácia la calle de Bandera, de luz prudente, suave, que guiaba, que invitaba a avanzar hacia el Altar, donde las rodillas espontáneamente se doblaban. Todo tendía entorces al recogimiento íntimo, a descansar de lo terreno y comunicarse el alma con el Dios ocultó del Sagrario.

Tal fué la Catedral que conocí en mi niñez. Más tarde, palpando con mi frente juvenil las baldosas del mármol frío bajo las cuales las cenizas del gran Portales están aguardando su resurrección, juré al Dios de ese mismo Altar que El sería la porción de mi herencia.

A la sombra austera de esos muros de piedra ví transcurrir tranquila la alborada de mi sacerdocio.

Cuán demudada está la Catedral de mi niñez y de mi juventud! ¡Yo no lo veré! pero sí la generación que se levanta. Es la nuestra una raza viril, es un gran pueblo con savia inmortal. No tardará mucho la época en que vendrá un movimiento de opinión ciudadana, encauzado por Autoridades eficientes y poderosas.

Mussolini hace hoy revivir en Italia las sepultadas construcciones del Arte Antiguo, el insigne Duce romano va

disecando el lago Nemi para recuperar las sepultadas galeras de Calígula, tantos siglos perdidas para el mundo.

Con fe de artista cristiano creo y siento venir el día en que nuestra antigua Catedral Colonial, desatadas las prosaicas ligaduras con que la amortajaron, vuelva cómo Lázaro, a vivir su verdadera vida.

El Templo Metropolitano es sepulcro de muchos personajes importantes de nuestra historia; yacen bajo su pavimento los mortales despojos de muchos Obispos, y de hombres eminentes como Portales y Carrera. Muy de lamentar es que todas las lozas sepulcrales conmemorativas fueron retiradas de su lugar; sólo hay vagas indicaciones del sitio en que fueron depositados los que allí duermen en la paz del Señor.

En un severo Altar de mármol oscuro que se encuentra inmediato a la puerta de la Sacristía se venera un Cristo Crucificado, escultura en madera, de tamaño natural. La inscripción de la Cruz como también las extremidades de ella son magníficas piezas de plata antigua adornadas con pedrerías. La figura del Crucificado es importante; su mirada es elocuentísima, conmueve el corazón; es de gran sentimiento religioso en que el dolor humano no tiende ni alcanza a empequeñecer la majestad divina del Hombre Dios. Respecto a la procedencia de esta escultura, sólo podré decir que ha sido estimada siempre como antiguo obsequio de los Reyes de España.

Antes de avanzar, hurgando por el Tesoro de la Catedral, conviene dar una explicación acerca de un término que en este capítulo deberé usar con gran frecuencia. De muchos objetos diré: *fueron de los Jesuítas*. Y si eran de los Jesuítas, ¿desde cuándo y por qué están ahora en la Catedral?

Los Jesuítas se establecieron en Chile pocos años después de ser fundada esta Orden religiosa por Ignacio de Loyola, el valiente Capitán que cayera herido en el sitio de Pamploña y que al dejar el lecho de enfermo se levantó convertido en militar de la Compañía de Jesús.

Los primeros Padres Jesuítas llegaron a Chile en 1593; en la Capital de este Reino se radicaron a una cuadra de la Plaza principal, en dos solares que habían pertenecido a

D. Rodrigo de Quiroga. Ocuparon exactamente la manzana que hoy es del Congreso Nacional; allí construyeron el Templo de la Compañía, el que estuvo en pié hasta el 8 de Diciembre de 1863.

Los sacerdotes Jesuítas evangelizaron todo el territorio, en sus diversas aulas educaron a lo más distinguido de la juventud colonial, como también a lo principal de la raza araucana, incrementaron la riqueza fiscal como la particular con sobresalientes métodos en los cultivos agrícolas, dieron a nuestro país muchos sabios y los mejores historiadores, formaron santos misioneros que no retrocedieron ante el martirio, como ser el Padre Martín de Aranda Valdivia, que había nacido en Osorno de la familia del Conquistador. En seguida fueron barridos de Chile, como de toda la América española, el 26 de Agosto de 1767.

A mediados del siglo XVIII estaba de Superior de los Jesuítas de Chile el Padre bávaro Carlos Haymhausen, ligado por cercano parentesco con la Reina del Portugal. Hizo un viaje a Europa este Padre y trajo en calidad de hermanos coadjutores de la Orden un grupo de 30 operarios de distintas nacionalidades, todos ellos de mucha competencia en su especialidad. Esta fué la principal palanca propulsora de las artes en nuestra Patria. De cómo sería esa Iglesia de la Compañía de Jesús en Santiago, podremos formarnos una idea estudiando los objetos que llamados *de los Jesuítas* se conservan en nuestra Catedral, y que vinieron a su Tesoro por disposición de los Reyes de España, aprobada por la Santa Sede.

Naturalmente, podemos suponer que muchos otros objetos valiosos naufragarían al salir de sus Conventos, como suele acontecer en estos cambios violentos de dominio de bienes de religiosos.

Varios trabajos de gran aliento salidos de los Talleres chilenos de los Jesuítas, dignifican nuestro Templo Metropolitano, tan tristemente malogrado a principios del presente siglo.

En los Coros de las naves laterales hay dos órganos. El colocado en la nave sur creo que es el más antiguo, de fabricación europea, como puede observarse en las incrusta-

ciones de finísimos dibujos en ébano, marfil y carey que cubren la tapa del teclado. Funcionaba este órgano en la Catedral mucho antes que el gran órgano comprado en Londres el año de 1859.

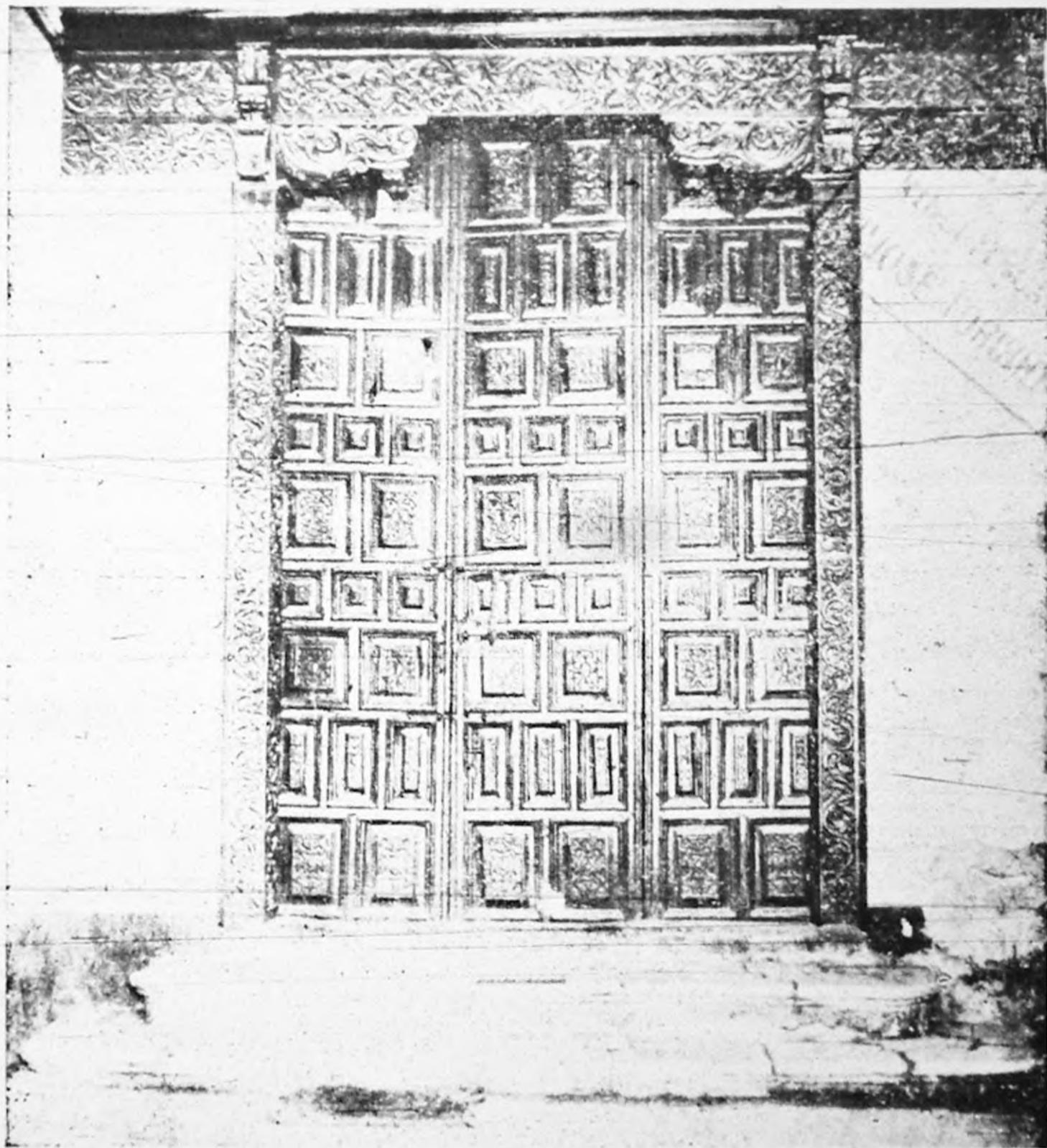
Hay en la nave sur otro órgano de hermoso y elegante aspecto que perteneció a los Jesuítas y que fué traspasado a la Catedral en 1767. Es toda su caja en madera de cedro o caoba con profusión de tallas doradas.

Podemos clasificar este instrumento por las curvaturas del mueble, así como por los dibujos aplicados, como perteneciente al período de Luis XV; según la tradición y juzgando por las apariencias de él y por sus maderas creo que fué fabricado en nuestro país. En la coronación lleva el lema de los Jesuítas: I-H-S; éste es el nombre de Jesús, que viene siendo como la marca de fábrica de todo objeto importante perteneciente a dicha Orden.

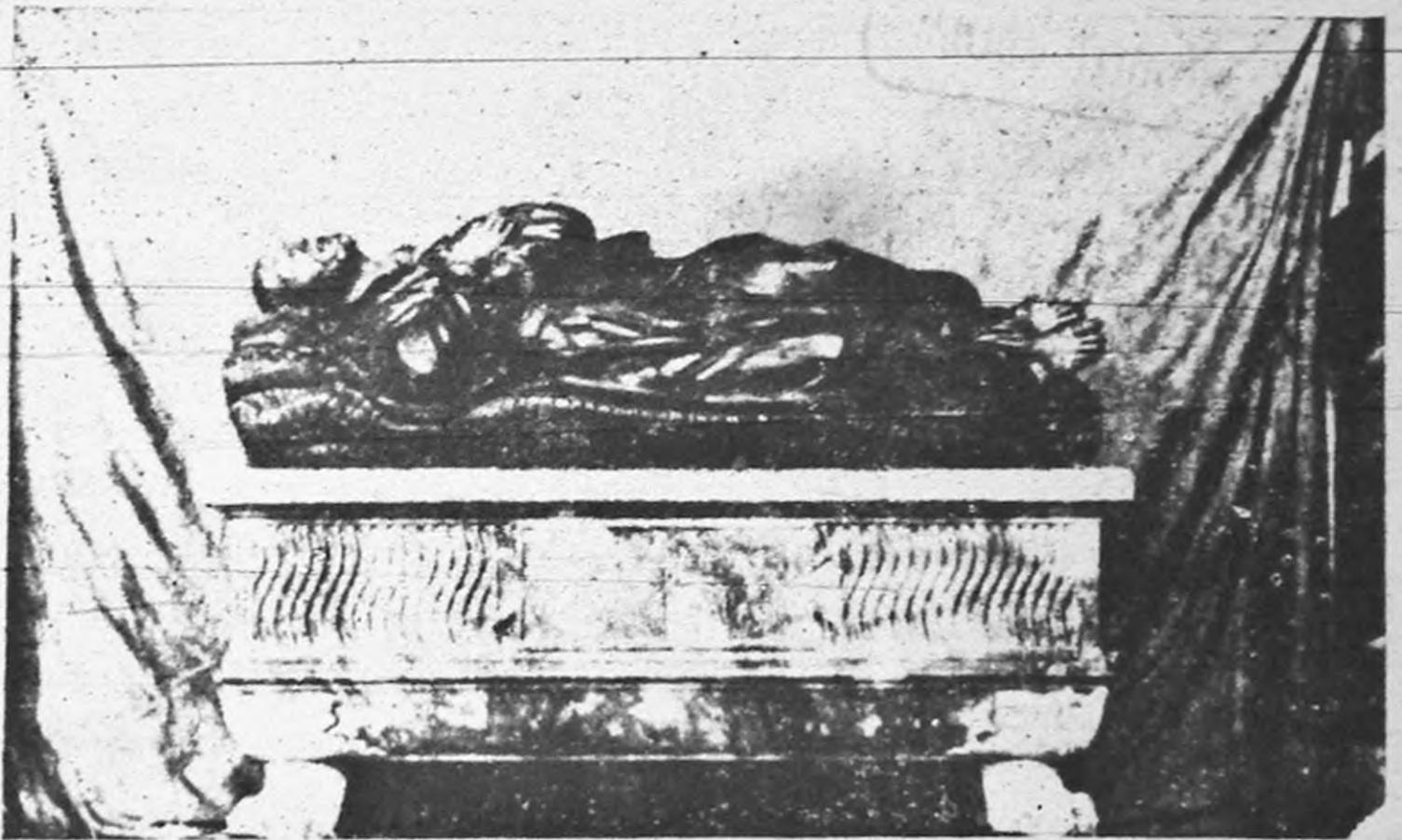
Muy de lamentar es el no poder aplicar a estos dos viejos órganos, que aún llenan con sus notas el Templo, el clásico término inglés, tan expresivo UNTOUCHED. ¡Cuán dulcemente emocionante nos fuera saber que estábamos hoy conducidos por las mismas sinfonías, por las mismas armonías musicales que a nuestros progenitores de otros siglos acompañaron en sus manifestaciones de públicos quebrantos, como en sus regocijantes triunfos!

Entrando a la Catedral por la puerta oriente, acerquémonos al primer altar que hay en la nave norte. Es éste un severo altar verde oscuro que vino de Nápoles, retirado de una vieja Iglesia. En su parte superior hay, en un óleo de 60 años, una Apoteosis de S. Francisco de Sales. Más abajo nos llamará inmediatamente la atención un gran sarcófago de purísimas líneas, en mármol amarillo de Siena. Es igual al que guarda los restos de S. Mónica, en Roma. Pero si es hermoso y digno de Reyes el sarcófago, la estatua yacente que sobre él vemos tendida es sencillamente admirable!

Debo previamente advertir que hay otra obra en madera, contemporánea y gemela tal vez de ésta que tratamos; y está ella, no sé por qué causas ni desde cuándo en la Parroquia de los Andes. Es del Mártir San Sebastián, Capitán romano que atado a un árbol, fué azaetado. Los Jesuítas



Puerta de la Sacristía del Convento de Franciscanos.



San Francisco Javier, escultura en madera.

tenían esta escultura en su hacienda de Bucalemu, en memoria del Capitán D. Sebastián García del Correto, que les dió dicha hacienda.

Decía, pues, que la escultura yacente que está en la Catedral es admirable. En algunos países americanos que he visitado nada he visto comparable a ella; y en Chile, únicamente el S. Sebastián que llevo dicho. El escultor ha ejecutado su obra en un tronco de peral, dejando visible en la parte inferior la corteza del árbol.

Vemos allí tendido un sacerdote jesuíta: es el apóstol de las Indias, San Francisco Xavier, expirante sobre un peñasco de la Isla de Sanchón, frente a la China, adonde iba a predicar el Evangelio cuando dicho Imperio cerraba herméticamente sus puertas a la civilización europea.

Rostro hermoso y varonil aún a través del mortal desfallecer; ojos semi velados ya a la luz terrena, y humedecidos aún por dos lágrimas que de ellos van desprendiéndose hacia las tostadas mejillas; ambas manos, perfectas, cruzadas blandamente sobre el pecho levantado por la postrera respiración: eso y mucho más se ha trasmitido a ese madero, con un realismo tan vivo que impresiona hondamente. Quien por vez primera vaya pasando frente a este altar, sentirá la necesidad de detenerse, de observar, pues presente ahí algo que supera todo lo que está acostumbrado a encontrar; y al alejarse de ese frío madero, llevará más calor en su espíritu.

El Templo Metropolitano carecía de Capilla del Sacramento; dado que con frecuencia se verifican en él funciones que impiden el recogimiento y veneración que corresponde ante la S. Eucaristía, es de gran utilidad dicha Capilla. Comprendiólo así Monseñor Casanova y ordenó su construcción. Lo que a todos parecería natural era construir dicha capilla en la terraza saliente y elevada que está por la calle de Bandera, entre las dos puertas ponientes. Tarea simplísima hubiera sido agrandar el espacio que corresponde ahí a un ventanal que queda hoy oculto interiormente; hubiera sido la entrada de un ábside para el Sacramento. Canaba en esta forma el aspecto exterior del Templo con esta rotunda por fuera, y correspondía al fin deseado de la re-

serva del Sacramento como a la dignidad de Este, ocupando la cabeza del Templo.

Mas no fué así en la triste restauración de la Metropolitana. Escogióse un arco lateral, abrióse en el muro ancha brecha retirando las piedras canteadas que cerraban dicho arco y avanzó la Capilla sobre el patio interior, cortando así desgraciadamente el gran patio de los naranjos, clásico en todas las Catedrales españolas.

La Capilla es hermosa en sí, es copia de una que hay en Roma, llamada de S. Juan y S. Pablo, mártires; corresponde al nuevo estilo del Templo.

Del arco de entrada de la Capilla pende una gran Lámpara de Santuario, toda de fina plata, con un peso metálico de 25 kilos. Es un depósito con varias séries de circunferencia de mayor a menor, muy bien forjadas a martillo, de la superior arrancan hacia arriba, para unirse en un centro común, 4 anchas y hermosas cadenas caladas; lleva al redor dos series de ganchos con candilejas para velas. En el centro está el vaso de cristal para el aceite que debe consumirse día y noche ante el Sacramento. Esta pieza es de importancia, única que en Chile he encontrado, con un exquisito sabor colonial y de mucho trabajo como lo deja entender un peso de 25 kilos de plata. Respecto a edad, la estimo que ha sido construída antes del 1700, lo que para nuestro país es muy buena época.

El Altar del Sacramento, que en su estilo moderno no es malo, vale mucho más por las 4 piezas que lo adornan, todas ellas de los Jesuítas.

Dentro del Templete que está en la parte superior, hay colocada una pieza de mt. 1,50 en plata y cobre dorado; esta pieza tiene en su centro un Corazón en esmalte rojo, circundado de una corona de espinas, del corazón emana una cruz rodeada de llamas. Es éste un emblema hermoso del Corazón de Jesús, cuyo culto principiaba en el mundo y fué muy propagado en Chile por los Jesuítas. A ambos lados, en un plano algo inferior, podemos admirar los relicarios de S. Francisco de Regis y de S. Luis Gonzaga. Son éstos dos piezas similares en su composición a la anterior, que llevan al centro en alto relieve de plata sobre cobre dorado, los

medallones de dichos santos. Sus figuras son de gran semejanza a los retratos que de ellos hacen sus historiadores. Por otra parte, sus reliquias están acompañadas de la *auténtica*, o sea, del acta que acredita ser verdaderas y llevan la fecha de 1744. Son, pues, estos relieves de importancia histórica, a más de su riqueza material y artística. Cada una de estas 3 piezas es de un peso metálico de 21 kilos.

Bajemos nuestros ojos a la mesa del Altar de Mármol; es ella de pésimo gusto, pero se tuvo el feliz acierto de cubrirla íntegramente y ¡con qué cortinaje! con uno que sería admirable en cualquier parte del mundo. Es él una pieza de plata de algo más de 3 mts. de largo por 1,10 de alto, que la llamamos el Frontal de plata. Ya vimos algo semejante en Santo Domingo. Este frontal de la Catedral es de ejecución más primorosa y de concepción bastante más difícil y elevada que el anterior. Únicamente en San Marcos de Venecia he visto algo superior; tiene dicha Catedral un frontal en láminas de oro, tal vez del siglo XIII, llamado *Pallia aurea*. Hace algo más de 20 años un caballero honorable, fervoroso católico, con cuya amistad me honro, ofreció a la Catedral de Santiago \$ 10,000 por su Frontal, que estaba fuera de uso. Tenía él un fin nobilísimo: deseaba obsequiarlo a los Jesuítas para su Templo.

A pesar de ser tan simpática la idea, y de ser viejo el frontal, no tuvo aceptación por parte del V. Cabildo, que no es adicto a las antigüedades.

— Daré de él una ligera idea: es un gran marco de ancho molduraje ondulado, con finas y hermosas aplicaciones de plata cincelada sobrepuestas al largo y en los ángulos de la moldura. Dentro de este marco encuadra un fondo o lámina de plata gruesa y larga, completamente cubierta de acuciosa labor; dicha lámina se presenta profusamente decorada en estilo Luis XV, con ramazones de hojas y flores.

En el centro se destaca un medallón en relieve. Una mano de experto cincelador ha vaciado en ese trozo de plata, con primor exquisito, la escena bíblica de la lucha de S. Miguel con el Demonio. El Arcángel protegido con su escudo con el lema: ¡Quis est Deus! pisotea al Dragón infernal y descarga sobre él su espada. ¡Quién como Dios! En este grabado

es de admirar la expresión de ambos rostros, de victoria en el Arcángel, de desesperante odio en Luzbel, que es arrojado a las llamas eternas.

En los espacios céntricos de los lados dos figuras en alto relieve emergen de sendos medallones en estilo Luis XV. Son los retratos de San Ignacio de Loyola y de San Luis de Gonzaga, ejecutados con absoluta perfección.

Cien y cien veces he observado estos objetos que durante el período de 22 años estuvieron bajo mi vigilancia; y puedo hoy aseverar que no les descubrí defecto alguno.

En el Perú y en Bolivia se ve mucho de bueno en trabajos de oro y de plata; pero de la elegancia y perfección artística de este frontal nada he visto ni en Lima o Cajamarca, ni en Arequipa o el Cuzco, ni en La Paz o Tiahuanaco ni siquiera en la opulenta Potosí, manantial inagotable de plata.

Retirémosnos ya del Templo tan cruelmente profanado por los pintarrajeados yesos del estucador italiano; penetremos en las Sacristías. Antes de traspasar su umbral podemos darnos la satisfacción de humedecer nuestros dedos en el agua bendita que nos brinda una pequeña fuente con insignias pontificales esculpidas en piedra, única piedra que por ahí han permitido desnuda, como naciera. Esas gotitas de agua lustral nos llegan oportunas; ellas nos lavarán más de algún pecadillo que habremos contraído en esta visita al Templo maltratado. pecados de ira con los que comerciaron con su destrucción, pecados de deseos de llevarnos algún recuerdo, aunque sea el frontal. ¡Qué deseos tales suelen acometer a los anticuarios!

Es una fría y ámplia sala la 1.^a Sacristía, llamada del *Clero*, de gruesos muros, de unos 30 metros de longitud por 10 de ancho. Nuestra vista reposará inmediatamente en un gran Candelabro, o Araña como la nombrábamos en tiempos pasados de bronce macizo, pendiente del alto techo. ¡Pero qué candelabro es éste! El es suficiente para iluminar cualquiera gran sala, ennobleciéndola. Perteneció al primer Congreso chileno, y cuando allá llegó el período de las mudanzas, emigró a la Catedral. Estaba antes colocado en el centro de la nave principal, poco más adelante que los púlpitos severos. Es una colosal Araña de bronce cincelado, ri-

camente dorado con ese oro a fuego como se decía, con tono mate peculiar a los bronce napoleónicos que han sido los más suntuosos en el mundo. Este trabajo es de la época del Imperio. Antes llevaba numerosos y grandes pendientes de cristales purísimos, en ellos jugueteaba la luz del centenar de velas que se colocaban en las bien labradas candelabras, multiplicando sus luces las muchas facetas de los cristales colgantes. Actualmente ha decaído de su antiguo esplendor, pero conserva indeleble la dignidad de su noble linaje Imperio.

La Sacristía está dotada de sólidos bancos de caoba, y de grandes sillones antiguos, de la misma madera. Para guardar los ornamentos está dotada de sóbria estantería de caoba antigua. Lo más notable que ella guarda son 3 primorosas casullas bordadas con oro; una es en forma de guitarra, de seda y oro; otra perteneció al Obispo Alday, la última al Obispo Marán, ámbos del coloniaje.

En la Testera de la Sacristía hay dentro de gruesa cornisa de madera tallada un gran Oleo, de no menos de 5 metros de largo por 2,50 de alto. Es la última Cena. Sin ser una obra de Murillo como se llegaba a decir, es bastante digna de mérito. En la base de un pilar del dicho cenáculo allí representado tuve el agrado de descubrir, muy oscurecido, el emblema de los Jesuítas y la fecha de 1652. El estilo de este óleo pertenece a la escuela sevillana; firma no se le ha podido descubrir.

En la mitad del muro occidental, una severa y sólida puerta comunica esta sala con la Sacristía de los Canónigos; hagamos girar sus antiguas hojas en los macizos goznes, avanzando encontraremos en lo alto del muro que da hacia la calle de Bandera un gran Crucifijo de madera; éste es el Cristo de la Real Audiencia. Los muros están decorados con 14 pinturas en láminas de cobre, encuadradas en valiosos marcos de bronce y cristales dibujados. Estas imágenes representan al Salvador divino, a María Santísima y a los Doce Apóstoles. Son obra de mediados del siglo XVIII; las legó a la Catedral el Obispo de Santiago, D. Manuel de Alday y Aspée, nacido en Concepción y fallecido en 1788.

Aquí haremos mención de la imagen del Nazareno que

desde tiempo inmemorial se venera en la calle de la Bandera, precisamente detrás de este muro, y que recibe el respetuoso saludo de los que por allí transitan. Es una muy antigua pintura que, según dicen, se retiró de un taco formado en la acequia que por allí mismo pasaba cuando no había alcantarillado.

Se lee a sus piés un mal cuarteto, pero con todo el sabor correspondiente a su época. Es el siguiente:

Tú que pasas, miramé;
 Cuenta si puedes mis llagas:
 Hijo, qué mal me pagas
 La sangre que derramé.

Hay en la testera de la Sacristía una valiosísima estantería para el servicio de los paramentos sagrados, los que considero de tanta importancia como no los habrá en tal riqueza ni en tan crecido número en otra Catedral de la América Española.

Mide la estantería 17 mts. de longitud por 3 mts. de altura; la parte baja, que corresponde al 1.er cuerpo, es bastante ancha, de modo que presta comodidad para colocar sobre su cubierta los paramentos que se han de vestir, y en el interior en bandejas movibles pueden ordenadamente guardarse. El 2.º cuerpo es de poco fondo y se compone de altos compartimentos. Todo este mueble es de finas maderas, estando todo su exterior enchapado en marqueterías de nogal, caoba y jacarandá, siguiendo dibujos magníficos en un estilo más anterior al 1700, aunque la regia coronación de maderas talladas, totalmente cubierta de rico oro, nunca restaurada, se aproxima más al Luis XV. Todas las cajoneras tienen sus cerraduras primitivas en fierro martillado, con sus respectivas boca-llaves en cobre dorado.

Un mueble tan precioso y de tanta importancia no podía ser construido en tiempo colonial sino por jesuítas; de ellos lo heredó la Iglesia Catedral, que lo conserva intacto.

Sería un tema demasiado lato describir los paramentos y vasos sagrados de la Sacristía; levantaré sólo una punta del velo con que están cubiertos. Entre la abundancia de

ricos tejidos, sobresalen 4 grandes *Capas Pluviales* de tisú de oro y grandes ramazones y flores de seda, con hermosos broches de plata repujada, que no pueden tener menos de 2 siglos.

Un hermoso terno de casulla y dalmáticas y capa pluvial, en color verde cata, de damasco de seda y flores de seda de color, con galones finísimos de oro; de la misma o mayor antigüedad que lo anterior.

Un ornamento de sarga de plata, bordada de oro y de seda, con galones de rico oro; y otro color azafrán, en moirée de seda, totalmente bordado con oro fino. Estos dos ornamentos son indiscutiblemente los más antiguos que tiene la Catedral, y de una riqueza insuperable; los creo muy anteriores al 1700. Su estado de conservación es admirable.

Llamados de los Jesuítas hay un Pontifical blanco, compuesto de 1 capa pluvial, dos dalmáticas y once casullas. Este trabajo es español, de no menos de doscientos años. Es de una riqueza inaudita, si se me permite la expresión; me explicaré: el tejido es una fina telita de seda que sirve de cubierta a una tosca y firme tela de hilo; la telita de seda desaparece en absoluto ante los recamados de hilo de plata, ~~y los bordados de sedas en vistosos colores~~ y los adornos de oro. Es este trabajo de una elegancia y riqueza tal que considero que es insuperable. Su fabricación tiene las características de la paciencia musulmana.

Pertenece a este mismo tipo la casulla de S. Francisco, ya citada. Cuando pontifica el Obispo el día de Corpus y sale en procesión a la Plaza Mayor, rodeado de los Canónigos revestidos todos con estos paramentos, presentan un aspecto de suntuosidad que ya es proverbial entre nosotros y lo creo sin segundo.

Hay también, llamados de los jesuítas, en color rojo, otros ornamentos Pontificales. Su tela es de sarga de seda y oro, bordada totalmente con hermosos colores de seda, y con oro.

La *Mitra* es una insignia enteramente episcopal; es natural que nuestra Metropolitana tenga una gran dotación de ellas; aquí recordaré sólo 3, de gran mérito.

~~Es la 1.ª una Mitra preciosa, que lleva en su frente una~~

cruz de diamantes y 10 piedras de diamantes montados en plata; en el reverso tiene aplicada una rosa de muchos diamantes chicos. Está toda bordada con oro y piedras de color. Esta mitra fué legada a la Catedral por el Obispo Alday.

La 2.^a Mitra fué del 1.^{er} Arzobispo de Santiago, D. Manuel Vicuña. Está recamada de 55 perlas finas. Ostenta en su frente una cruz griega y dentro de ella la imagen de María Inmaculada en plata y diamantes, rodeada de cuatro flores de lis de diamantes. Lleva además una corona, tres rosas y lazos de diamantes. Ciertamente el trabajo es anterior al Sr. Vicuña, que fué consagrado Obispo sólo en 1830.

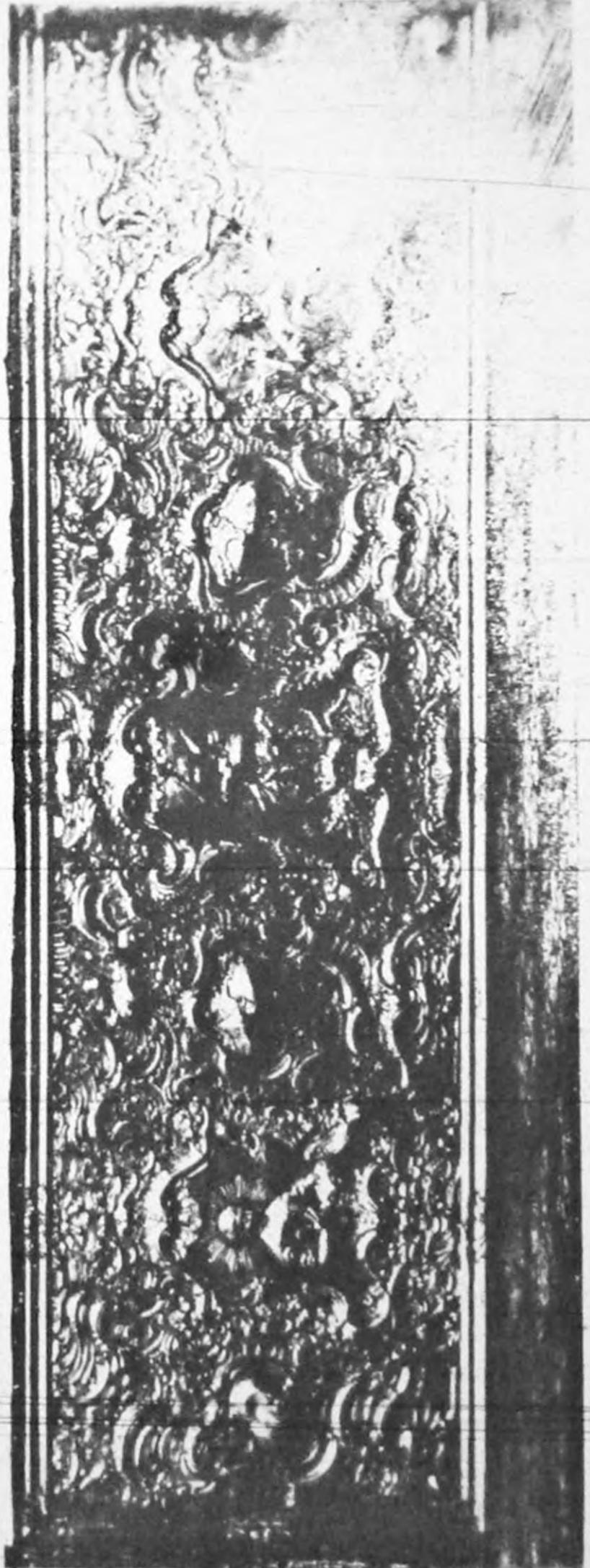
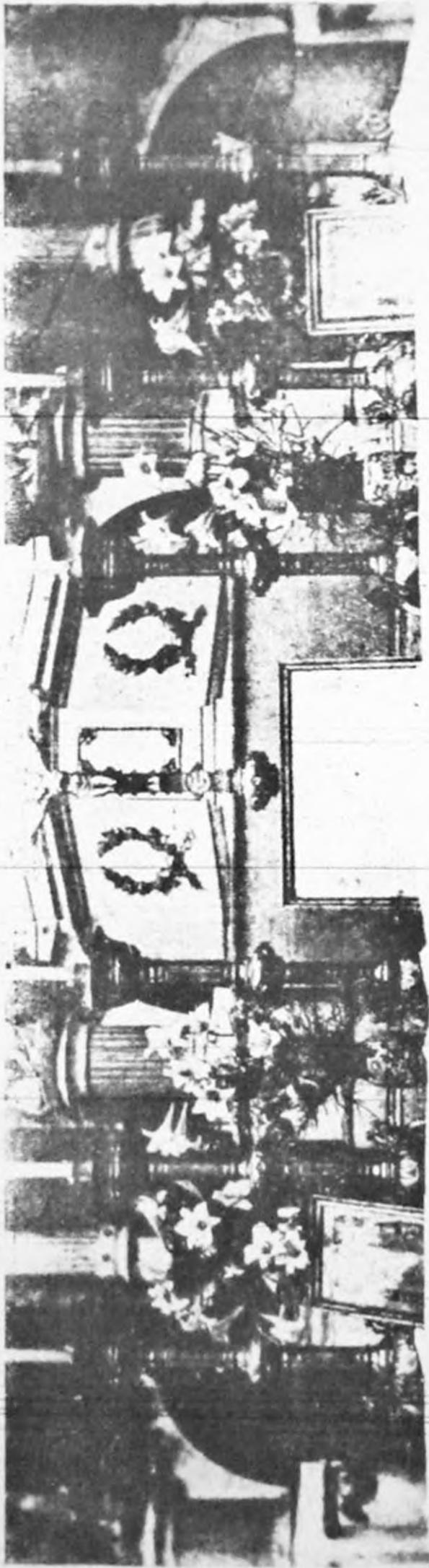
La 3.^a Mitra de importancia perteneció al gran Arzobispo Valdivieso, consagrado en 1848, ignorando a quién perteneciera antes. Lleva en su frente el Aguila bicéfala cubierta de finos topacios, coronadas sus cabezas por 7 rubíes y otras piedras finas; en el respaldo lleva ejecutada en oro y piedras finas la paloma, símbolo del Espíritu Santo. Nos basta ver en este precioso trabajo el Aguila de Carlos V para comprender que es de plena época colonial.

Si son suntuosos los paramentos con que se revisten los sacerdotes que han de asistir al Altar en la Metropolitana, deberemos avanzar aún un grado más al tratar de los *vasos sagrados*, que los hay en abundancia.

Se usa el Jueves Santo para el Altar de la *Reserva*, un pequeño cáliz en el que queda la S. Hostia que se consume el Viernes Santo. Es un caliz de plata martillada, con aplicaciones de cabecitas de querubines alrededor de la copa y en el pié, en plata esmaltada. Su altura es de 0,20 mt. Este es el cáliz más antiguo de la Catedral, su fabricación es española, y la época es de Carlos V a Felipe II. Igual a éste hay otro caliz que conserva aún el dorado primitivo de cuando se fabricó; éste es de mi propiedad, Tuve la suerte de adquirirlo muchos años atrás para mi Oratorio, en un antiguo Convento del Sur. El cáliz de oro de la *Merced* venido con el Conquistador en 1540, el de la *Reserva* de la Catedral y el *de mi propiedad*, ambos en plata dorada, otro algo inferior de *S. Francisco*, son los más antiguos de Chile y pertenecen al mismo período.



Cáliz español del siglo XVI.



Frontal de los Jesuitas

Estando de viaje por el interior del Perú en Febrero de 1917, hube de pasar la noche en un hotelito de la estación de Sicuani, situada en el kilómetro 664 del ferrocarril del puerto de Mollendo hacia el Cuzco, adonde me dirigía, a una altura de 3,551 metros.

A la mañana siguiente el tren seguiría a su término a las 11; me encaminé a la Parroquia a celebrar la Santa Misa, atravesando una inmensa plaza, abundantísima en indios y en llamas cargadas de productos. El Sr. Cura había salido muy de mañana a prestar los auxilios religiosos a suma distancia. ¿Cuál sería la sorpresa mía cuando abro la puerta del Sagrario para dar la S. Comunión y debo tomar en mis manos un Copón con las sagradas formas, y ése Copón era igual a mi cáliz que tenía en Santiago? ¡Qué formidable lucha hubo entre el sacerdote y el anticuario! El viaje continuó y yo llevaba en mi imaginación ese copón siglo XVI, con esmaltes azules y verdes, a fondo perdido, tal vez elaborado por las mismas manos que mi cáliz querido!

Decía que el pequeño cáliz del siglo XVI se usa sólo el jueves y viernes Santos para la Reserva, o sea, el monumento que acuden a visitar los fieles. Este cáliz con la Hostia Santa es colocado en la Catedral en una gran urna octogona que pesa 25 kilos de plata fina. Es de un estilo algo plateresco, de techo levantado y con coronación muy calada; tiene una puerta de dos hojas con cerradura de plata y llave hermosa de oro. No queda en esta urna espacio ninguno sin finas y hermosas labores de cincél. Respecto a época, la creo anterior al 1700.

En este monumento de Jueves Santo se encienden 6 gruesos cirios colocados en grandes candelabros de plata, totalmente labrados; lleyan éstos la insignia de todo lo jesuíta, en fuertes letras de relieve: (I-H-S). Son éstos fundidos en los hornos de la Calera, y podemos formarnos alguna idea de ellos sabiendo que pesan 52 kilos de plata chilena.

La Catedral conserva 3 cálices antiguos de oro. Uno de ellos es con finos dibujos cincelados y de forma elegante y sencilla a la vez. Lo legó el Obispo Marán, quien probablemente lo trajo de Arequipa, donde era Dean de dicha

Catedral. Por lo distinguido de formas y por los 787 gramos de oro que pesa puede figurar con honor en cualquier Tesoro. Pero hablaremos ahora del *Cáliz de los Jesuítas*; la Catedral es honrada, pues así lo nombra y seguirá nombrándolo siempre *de los Jesuítas*. Este cáliz fué fabricado en la Calera antes de 1740, tiene de peso 1 kilo y 230 gramos de oro. Bien pudiéramos desestimar su valor metálico en comparación de su mérito artístico. Muchos chilenos hemos admirado en Museos o en Tesoros de Europa obras debidas al cincel de Benvenuto Cellini, todos lo conocen por su nombre insigne. Pues bien, en mis excursiones de arte yo siempre llevaba presente, llevaba fuertemente grabado en mis retinas y en mis dedos el cáliz de los Jesuítas de Chile y no lo encontré nunca inferior a las obras que ví del inmortal Cellini. ¿Quién fué el insigne orfebre que bajo la humilde sotana de lego jesuíta ocultaba su genio de artista extranjero, tal vez portugués, para que le fuera permitido fundir esta maravilla en los hornos de la Calera?

El Padre Haymhausen murió con su secreto; las leyes españolas no permitían que los extranjeros se establecieran en sus Colonias, excepción hecha de los Religiosos.

Quien quiera ponderar las bellezas que anidan en este cáliz, sea de concepción, sea de ejecución, necesita mirarlo con lente de joyero, pues no son perceptibles sino medianamente a los ojos: bien se justifica la tradición de que su autor quedó ciego porque trabajaba en él de 12 a 1 a pleno sol.

En este cáliz hay ejecutadas una serie de escenas bíblicas referentes al Divino Redentor. En el pié del cáliz podemos ver la agonía en el Getsemaní, allí está Jesús recibiendo consuelo del Angel, y a la distancia los discípulos tendidos durmiendo. Más allá nos encontramos con el Nazareno atado a la columna y recibiendo sobre su desnudo cuerpo los azotes que le dan varios verdugos. En el nudo central del cáliz, en un espacio no mayor de 2 centímetros, vemos la serpiente de bronce que elevó Moisés sobre un árbol para sanar a los judíos que la mirasen: figura ésta del Cristo Crucificado que cura las llagas de los que a El acuden. A su lado observamos al profeta Jonás arrojado por un enorme pez: figura también del Cristo que saldría del sepulcro al 3er. día.

Llegando a la copa, admiraremos la crucifixión y la Resurrección de Jesús, rodeados de varias personas más. Es de advertir que no son apuntes o bocetos, sino que cada escena y cada persona está allí perfectamente ejecutada, teniendo expresión su semblante. He dicho, pues, con fundamento, que el simple ojo no es capaz de apreciar tanta perfección y deberá acudir a instrumentos de mayor potencia.

Esta hermosísima concepción de arte sagrada para nacer dejó ciego a su autor; ella pasa su existencia en la oscuridad y sólo ve la luz en 3 Misas solemnísimas del año.

El culto católico siempre ha dado importancia al *Atril*, que sirve para colocar el Misal para los divinos oficios. Los más ricos eran cubiertos de inscrustaciones de carey, nácar y marfil, y así vemos algunos entre los siglos XVI y XVIII. Nuestra Catedral no tiene nada en objetos *enconchados*, como los llamamos. Posée 4 atriles de plata. Dos de ellos hacen juego con el gran frontal de los Jesuítas; otros dos son en plata calada y sobre un fondo de terciopelo rojo. Esos son los más antiguos, probablemente de época anterior a 1700.

Del período del Renacimiento no tiene la Metropolitana sino otro objeto de plata, fuera del cáliz de la Reserva; es una Cruz de unos 20 centímetros, cruz calada episcopal que lleva el Preste en las procesiones de Rogativas. Es netamente española, y por su forma, llego a creer que antes ha debido contener alguna reliquia del Lignum Crucis.

La Catedral de Santiago cuenta con 3 Custodias, o sea, Ostensorios de plata. Dos de ellas son pequeñas, de 40 a 50 centímetros de altura, finas, de buen gusto y muy semejantes una a la otra. Bien pueden tener cerca de 200 años. Estas son las Custodias que se usan ordinariamente. Hay otra que sólo se ve en las solemnidades del Corpus y pertenece a la Catedral desde la supresión de los Jesuítas.

Es otra de las *obras maestras* salidas de los talleres que estos religiosos tenían en Calera de Tango; fué fabricada a mediados del siglo XVIII, bajo el gobierno del Padre Haymhausen, quien trajo de Europa los brillantes y mejores piedras preciosas que la adornan, obsequio que hacía la

Reina de España, Doña María Bárbara de Portugal, cuyo pariente inmediato era este religioso tan progresista.

La Custodia de los Jesuítas tiene 1 metro de altura, es toda en plata fina, con 15 kilos y 850 gramos de peso; es totalmente dorada con el sistema antiguo de oro al mercurio, conservando el hermoso aspecto del oro pálido.

Podríamos decir de su forma que es elegantísima; la fotografía que insertamos, aunque es imperfecta, da alguna idea de la belleza de este objeto. Sobre una ámplia y gruesa base de plata muy dibujada está de pié un hermoso Querubín vestido de flotante túnica; sobre sus brazos levantados sostiene una especie de Sol, rodeado de tupidos rayos; es éste una bella composición con moldurajes y enrejados Luis XV; por toda esa construcción suben hábilmente sostenidas guías de parras con racimos de uvas. En el centro de este sol está el espacio libre en que se coloca una media luna, o Piccis, en el que va la Sagrada Forma, o sea, Jesús Sacramentado. La media luna es de oro primorosamente cincelado y descansa en dos hermosas cabecitas de ángeles. Entre los dibujos de esta media luna hay engastados 6 grandes y altos brillantes, de purísimas aguas y 44 más pequeños. Toda la parte central del sol va rodeada de 324 diamantes, en varias dimensiones, Sobre el sol se posa una Paloma con sus alas abiertas; es ésta el emblema del Espíritu Santo. Más alto se ve una figura del Padre Eterno, con el mundo en la mano y con su cetro de Rey de Reyes. Van ciñendo al mundo 5 diamantes. Detrás de la cabeza del anciano hay un triángulo que le sirve de nimbo de gloria y en él hay 12 diamantes.

El Padre Eterno está en un trono que lleva un docél que tiene incrustadas 16 esmeraldas; las flecaduras que cuelgan de este docél están salpicadas de diamantes. Sobre el docél y como término alto de la Custodia se eleva una Cruz grande cubierta con 29 esmeraldas, de las cuales 5 son de gran dimensión.

El Querubín que sostiene tanta riqueza sobre su cabeza y sus manos lleva un hermoso collar de 8 esmeraldas y 13 rubíes, y en sus desnudos brazos hay una cinta con 2 esmeraldas, 6 zafiros y 10 diamantes.

Creo que el total de piedras que adornan esta pieza llega



Custodia de los Jesuitas, de propiedad de la Catedral.



San Sebastián, hermoso Marfil perteneciente a D. Nicolás
Lois V.

a la suma de 500. Obsequio digno del que lo hacía, una Reina de España, esposa de Fernando VI; obsequio digno del que lo recibía, el jefe de los Jesuítas de Chile, Orden religiosa que prestara insignes servicios a las Coronas de España y del Portugal; obsequio digno del fin a que era destinado, honrar al Señor de Señores, oculto bajo los velos eucarísticos.

* * *

En la época colonial se fabricaba también en nuestro país relojes. Hasta hace pocos años daba la hora al vecindario un gran reloj de 4 esferas que estaba colocado en una torre de la Parroquia de Santa Ana. Este reloj estuvo como 80 años en la gran torre de la Compañía, y de ésta fué trasladado después a Santa Ana. Había sido fabricado en la Calera de Tango por el año de 1756.

En este tiempo el principal relojero que tenían los Jesuítas era Pedro Roest; creemos, pues, fundadamente que él también sería el fabricante del ingenioso reloj Grandfather que hay en la Sacristía de los Canónigos, que hemos visitado.

Está en una bien trabajada caja de caoba; la esfera es de bronce dorado; además de la hora, tiene un mecanismo complicado que actualmente nadie ha podido entender, referente a los cambios de la luna. El mecanismo y la caja están sin restauración alguna, y nada tiene que envidiar a los mejores relojes Queen Anne que aquí tenemos, venidos de Inglaterra, sea en caoba o en laca, ni menos a los que siguieron llegando hasta principios del siglo XIX, aunque sus cajas sean sobrecargadas de adornos de bronce.

Hemos podido ver y examinar en este girar por templos y sacristías más de un objeto importante y valioso, y muchos de riqueza insuperable. Todos ellos se conservan en construcciones relativamente modernas o en antiguas que han tenido que soportar bastantes restauraciones, generalmente innecesarias.

EN LAS ESFERAS CIVILES

CASAS PARTICULARES

Decía al comenzar este estudio que los pueblos, en toda edad, han manifestado especial interés por rodear todo lo sagrado de mayor riqueza y esplendor. El Culto atrae siempre a su alrededor un trabajo colectivo que generalmente va desarrollándose en larga serie de años. No así las construcciones pertenecientes a los particulares que no atraen hacia ellas común esfuerzo. De allí, pues, la óbvía y manifiesta superioridad de lo que dice relación con el Culto sobre las cosas u objetos del uso profano, aunque sean de los acaudalados.

En el período colonial hubo pocos acaudalados en nuestro país; la principal fuente de riqueza era la tierra; había tantas tierras por repartir entre tan pocos conquistadores o descendientes de ellos que necesariamente las propiedades valían poco. Los campos eran feracísimos y producían fáciles y abundantes cosechas, pero también eran frecuentes y formidables los trastornos originados por las insurrecciones de los inquietos nativos; de allí que no se levantaran grandes fortunas. Algunos más emprendedores aviaban sus veleros y buscaban en el Callao más pingüe mercado para sus re-cinas, cueros cordobanes y demás productos que acá no alcanzaban a consumir. Pero estos mismos más tenían que perder en las cruentas irrupciones de salvajes, o en el alzamiento de sus propios indios esclavos, como también en los continuos y fuertes temblores que periódicamente todo lo desplomaban. ¿Entonces, qué había en la Colonia, de valor efectivo en arte o en comodidades? Muy poco. Fueron esforzados de invicta paciencia, trabajadores abnegados, los hijos que mandara España al Reino de Chile y salvo rarísima excepción, honraron a su Patria.

En las ciudades edificaban modestamente sus casas, muchas pajizas, algunas de tejas. Todas eran bajas, de un solo

piso, de murallas de cerca de 1 metro de grueso, y no conocían los tabiques. Los cimientos eran poco profundos, de piedra de río con amalgama de greda o barro bien batido; pocas veces unían con cal esta piedra de los cimientos.

Ya cuando fueron agrandando las construcciones, o haciéndoles una torre o mirador, o un 2.º piso en el frente de la calle, los cimientos fueron profundizando más en la tierra. Generalmente estas casas de dos pisos no se alzaban más de 6 metros sobre el nivel del suelo. Siempre las vigas avanzaban fuera de la muralla hacia la calle y al patio interior, para desarrollar un alero de 60 a 80 centímetros. Estos salientes de vigas eran muy bien labrados; o bien se enterraban en el muro, al mismo nivel de las vigas, cortos maderos de ciprés, patagua o canelos y éstos los trabajaban con esmero: llevaban el nombre de *canes*.

Los muros y las tablas de los cielos que se colocaban sobre las vigas, que así quedaban visibles, todo iba pintado con cal. Las puertas y ventanas o se pintaban al temple con cal o bien se dejaban en su color natural. Siempre en estas construcciones fué tendencia muy frecuente la de dar una altura a las puertas de mt. 1,80 a 2,20. Esto era natural, pues siempre todos los cuartos eran bajos, aún los de las casas de 1 piso.

El lujo principal en los edificios estaba en la solidez de las puertas, las que se hacían de gruesos marcos cuadrados y con pequeños tableros de alerce. Estos tableros a veces llevaban algunos dibujos tallados. A las alacenas, o sea, escaparates incrustados en el espesor de la muralla del comedor o del dormitorio, les aplicaban el mismo sistema de las puertas, haciéndolas de tableros o de carretillas, pero les daban una coronación alta y calada.

Las cerraduras de las puertas eran los cerrojos, fuertes, en buen hierro con algún dibujo en él cincelado.

Ya cuando crecieron las casas en las ciudades, la puerta de calle fué muy ámplia y alta, para que por ella entraran los birlochos y calesas, o las carretas cargadas con los moradores o los productos que traían de las estancias. Estas grandes puertas de calle generalmente llevaban en una hoja una

pequeña puerta que servía para el uso nocturno, o para cuando se estaba de duelo.

El frente de las casas fué siempre sóbrio; su adorno era la récia puerta de ciprés o canelo, con largos clavos a los que se aplicaban cabezas altas y redondas en estaño o en cobre; algunas eran en forma de estrellas o de pequeños cascos.

Una que otra puerta de calle estaba claveteada con estas cabezas o torterones de cobre finamente dibujados con motivos españoles, a la vez que un sólido adorno en bronce o cobre estaba pendiente, y servía para llamar.

Tanto de estos como de las bocallaves en fierro calado que iban sobre las cerraduras de las puertas, hay hermosas variedades en las colecciones de particulares como D. Alberto Cruz Montt y otros. En los siglos XVII y XVIII fué muy usada la bocallave grande con el Aguila bicéfala. Estos adornos nunca fueron aplicados con tornillos, sino con largos clavos flexibles cuyas puntas se doblaban al interior. Es de admirar la flexibilidad del hierro de esa época, tan bien batido, y, por tanto, dotado de elasticidad grande.

Se acostumbraba siempre proteger las ventanas de la calle, como también las del primer patio, con salientes rejas de hierro de Viscaya. Estas rejas daban tono a la casa, a la vez que la hacían inexpugnable por fuera. Las más antiguas y primitivas rejas eran todas de hierros trabados, presentando de frente un ángulo del barrote, no la línea recta. Casi toda reja era baja, pocas hay grandes y con coronación.

En el siglo XVIII ya usaron dibujos más fáciles y menos góticos; se usó mucho la S o C como motivos de unión entre los barrotes de fierro; y colocaban monogramas calados en el centro de las rejas.

En la calle de Merced 88, perteneciente a la Sra. Lyon de Alamos, hay una espléndida puerta antigua legítima, así como algunas rejas primitivas. Como trabajo hermoso, pudiera decirse un encaje de hierros, puedo citar las dos grandes rejas que colocó a su casa el muy reputado pintor y gran hombre de arte, Don Rafael Correa Echague, en la 3.ª cuadra de la calle de Santa Rosa.

El pavimento de los patios era de piedrecitas de río muy menudas; los más adinerados tenían en sus patios grandes

baldosas de piedra bien canteada; el piso de las habitaciones era muy simple. Generalmente se cubría el suelo con pequeños ladrillos de tierra cocida; eran muy gruesos, muy bien amasados, presentaban muy tersa y compacta su superficie, fácil, por tanto, de mantenerse limpia. En el siglo XVIII, una que otra sala de gran casa llevó gruesa tabla combinada en forma de parquet, según he podido observar en retratos de esa época.

CASAS DE CAMPO

Los materiales de construcción eran los mismos usados en los pueblos; pero su presentación exterior variaba algo. Se escogía para ellas una pequeña altura, desde donde dominar algo el movimiento y los caminos. Un ancho corredor enladrillado se extendía en todo el frente de ellas; en un extremo de él se formaba un pequeño cuarto para Capilla u Oratorio. Se colocaba una puerta de 4 hojas, ancha, la que al abrirse, dejaba totalmente visible el Altar que llenaba el cuarto. Cabía mucho público, tanto en el largo corredor, como en las afueras. Era frecuente que en estos Oratorios algún religioso o el Cura administrara los Sacramentos, aún los Oleos o el Matrimonio, atentas las grandes distancias a las Parroquias. Este privilegio acarreó serios perjuicios a las Estadísticas parroquiales, que eran las únicas; no se inscribían partidas de muchos actos realizados en estas condiciones, por olvido y a veces por caprichos.

En el Oratorio estaba lo mejor de la casa, la que era siempre sóbria, tenía su dotación de ornamentos y cáliz de plata martillada, hecho en el país, vinajeras de plata; algún gran lienzo pintado al óleo; casi siempre estos santos eran debidos a pincél quiteño. Otras veces el altar llevaba, además del gran Cristo en madera o en pasta, alguna imagen de bulto, con vestiduras en terciopelo con aplicaciones de oro o de plata, y su cabeza con corona de plata. En épocas posteriores fueron abundando las imágenes cubiertas por fanal de cristal.

Después del gran frente de la casa, venían al interior cerrándolo por los costados, los graneros y bodegas; más allá las ramadas de matanza. Todo estaba cerca y era vigilado y dirigido por sus dueños; de allí el dicho: ¡Ojo al charqui!

Las bodegas tenían su correspondiente dotación de vasijas, tanto para los caldos de uva, como para los aceites.

Las vasijas eran las tinajas de greda cocida que todos conocemos, de variadas dimensiones, de distintas formas: unas muy redondas, otras con su parte inferior muy aguda como la de la casa del Greco. Eran bien atrayentes estas vasijas, como lo demuestra hoy el interés con que se las busca para adorno de jardines y patios.

¿QUÉ NOS QUEDA?

De construcciones antiguas ¿qué tenemos hoy? Podemos decir que nada hay. La actual ciudad de Concepción, metrópoli del sur que durante el período colonial fué de tanta importancia, comenzó perezosamente a levantar sus casas en 1755, con gran pobreza y dificultades mayores, en razón de que sus habitantes eran emigrados de Penco que fué destruído por fuerte terremoto y en seguida barrido por el mar, devorándolo todo a su alrededor. Poco más de medio siglo llevaba de nueva vida y un nuevo cataclismo, el fuerte temblor de 1835, vino a sembrar terror y miseria. Osorno, la de feraces y ópimos campos, fué arrasada por los indígenas en 1602 y de ella no dejaron piedra sobre piedra; primero crecieron arbustos, y después bosques espesos cubrieron sus ruinas cerca de dos siglos: su actual vida es breve. Valdivia no tuvo mejor suerte que las anteriores. Chillán a manos de los Caciques fué 3 veces destruída, y varias por temblores. En Chillán viejo sólo vemos bajos y torcidos muros y algún árbol secular que perteneciera a los antiguos moradores. Y así de seguida: lo que no perecía por los sucesivos terremotos, era desvastado por los aborígenes de nuestro territorio que no perdonaban a los españoles su usurpación.

En la Capital, que pudiéramos hasta hace poco llamar urbe francesa, qué podemos mostrar de español antiguo? Existió un severo y sólido Puente de Cal y Canto que unía en el Mapocho los dos barrios; su construcción demoró 12 años; tenía de longitud más de 200 metros, de altura más de 8 metros, estaba dotado de 11 macizos arcos que le auguraban vida larga, como que ya había resistido intacto 121 años. Esta obra del Corregidor Zañartu y del arquitecto español J. Antonio Birt, cayó en pocos días destrozada por la dinamita!... Tuvimos una Catedral española... el mal gusto la malogró!....

La Moneda, mansión severa de los Gobernantes de mi Patria, queda aún en pie. Comenzó su construcción en 1786 el arquitecto D. Joaquín Toesca. Es de gruesos muros de ladrillo, que por lo duros pudieran llamarse piedra; la distinción y sencillez de su estilo le fijan rumbo a los Presidentes de Chile. Las lozas de piedra de sus vastísimos patios no se desgastarán por el pasar de varias generaciones. Hay en ella una Fuente de piedra, que brinda agua pura, agua que apaga la sed y que lava las manchas. En lo más alto del frente del Patio principal podemos ver un hermoso signo que lo corona: una cruz de hierro. Mientras ella no sea retirada de ahí, esa cruz será protección para Chile. Así la Cruz del Capitolio ha sublimado al Reino de Italia, así la Cruz del Escorial cubre a toda la España.

El exterior de la Moneda está principalmente caracterizado por su gran puerta tachonada de grandes clavos de cobre y por las rejas de sus ventanas, de sólidos hierros, aunque sean ya de época tardía.

Pertenecen también al ocaso de la Colonia, los Tribunales viejos y el edificio del costado norte de la Plaza de Armas, donde funcionaba la Audiencia y que ahora está ocupado por el Telégrafo del Estado.

La vista descansa en una que otra construcción sencilla que, por excepción, se encuentra en pie, a la que aún se le ha perdonado el haber nacido antes de 1800. En la Plazuela de Sto. Domingo, permanece la antigua Posada, con su pórtico opulento, aún así mutilado y despojado de la severa puerta tapizada con 80 grandes clavos de cobre.

En la Plazuela de las Ramadas queda aún una simpática lonja que perteneciera a una gran casa; probablemente desde sus altos el Corregidor Zañartu vigilaría los trabajos del Mapocho. Actualmente tiene un destino muy apropiado, pues un sagáz comerciante extranjero ha llevado allá variedad de objetos antiguos que atraen hacia esa escondida plazoleta.

La *Casa Colorada*, o sea, del Conde de la Conquista, nos muestra en la calle de la Merced sus piedras enrojecidas. Está muy diversa de como fuera en 1800; pero siquiera permanece, a pesar de las tentativas que periódicamente se han hecho para derribarla; su gran puerta que viera antes entrar a los dirigentes patriotas, hoy abre ancho paso a los cajones cargados con pescados...

MUEBLAJE ANTIGUO

Hoy no encontramos comodidad en los muebles antiguos, pero es lógico que en su época la tuvieron; tal vez lo que ha variado es que la generación actual es más exigente, porque es menos sufrida.

Sin embargo, en el lapso de los últimos años ha habido un franco movimiento de opinión y de búsqueda de objetos antiguos.

Es esto, a mi juicio, efecto de la Exposición del Centenario, como ya lo anotaba al comenzar estas observaciones acerca de lo Colonial. En 1850 hubo un éxodo de menajes antiguos que avergonzados salían de la ciudad para esconderse en los campos; desde 1910 principia la reacción; comienzan a aparecer en la ciudad muebles emigrados en el período que en esta materia llamaremos de oscurantismo; sube el fervor, se hace ya de buen tono ir a los Martillos públicos y a las Casas de Préstamos, y se va en ellas espigando entre dichos matorralés. Pero esto aún es insuficiente, las casas de modestos obreros son visitadas, y se recorren, de cuarto en cuarto, las Cités por nuevos aficionados que se apresuran por armarse a precios módicos de muebles y de objetos poco antes ma

mirados. Por cierto que en esta búsqueda que comienzan los nuevos anticuarios hay mucho de contagioso, y el bello sexo no permanece inactivo, sino que también ellas salen en jira y regresan muchas veces con trofeos de victoria, como ser, braceros, tachos de cobre, sillas o mesitas, pequeños óleos quiteños o santos vestidos de trapos.

Han pasado ya diez años, vemos muchos salones y dormitorios, halles y comedores muy cambiados: pugnan en ellos uno que otro objeto bueno y bello con multitud de banalidades. La ola de entusiasmo ha subido tanto en ciertos casos, que conculcando todo prejuicio, varias novias han pedido para su matrimonio muebles viejos en jacarandá o caoba, y han recibido con marcada preferencia los obsequios de cosas antiguas.

Como consecuencia de esta nueva situación, el comercio se ha dedicado al nuevo *estilo colonial*, aunque muchas veces sin entenderlo. Así vemos en venta toda suerte de menaje colonial, teniendo por base, para así calificarlo, el ser toscamente tallado, y el teñir la madera de negro o terracota.

En nuestro país no hay un estilo colonial, como en los Estados Unidos, donde hubo antes del 1800 grandes fábricas que aun podían exportar sus productos. En Chile es colonial todo aquéllo que se usaba en el período de la Colonia, sea fabricado en el país, o sea traído del extranjero. Lo fabricado en el país siempre era sóbrio y muy sólido, por eso ha durado tanto.

De fuera nos vino también mucho, generalmente para instituciones públicas, rara vez para particulares. Estos no se permitían tales lujos si no estaban muy altamente colocados, y por cierto, que pocos estaban en esta condición.

En la región allende el río Maule nos será difícil encontrar obras de importancia artística; si perecían las ciudades, con mayor razón los utensilios usados por sus habitantes. A veces después de librar de una hecatombe, los objetos eran destruidos por sus poseedores. Así sucedió con una grande y muy interesante Custodia de plata con oro, que tal vez con gran penuria había librado de la destrucción de Penco; no hace mucho fué llevada a Europa, de temor a que fuese robada

a la Catedral de Concepción; se llevó allá para ser fundida y con su producto proveer a la Catedral de otros objetos de que estaba falta. Creo que no serían tan ignorantes en fábricas europeas para destruir un objeto tal: algún anticuario la tendrá con honra. Mucho puede aún estar enterrado; así apareció casualmente en un pantano del antiguo Chillán la escultura en madera de S. Sebastián y que es objeto del culto y gran entusiasmo en la Parroquia de Yumbel.

MARFILES

Desde tiempo inmemorial el marfil ha sido estimado como materia preciosa para toda obra fina. Ya en la Edad Media la Iglesia llamaba a María Santísima *Torre de Marfil* y *Casa de Oro*. El marfil tiene gran dureza y color hermoso. La hermosura de su color va en aumento progresivo con los años, pues va tomando un tono rubicundo. Los marfiles antiguos tienen una superioridad grande sobre los modernos; éstos provienen de elefantes recién muertos, aquéllos eran extraídos de grandes yacimientos o cementerios que se descubrían de elefantes que tal vez estaban ya muchos siglos disecados. Estos entierros ya se han agotado; el marfil escasea en el mundo y de allí también el alza de su precio.

El marfil puede tallarse en caliente, como generalmente lo trabajan hoy, en esa forma es blando. Antiguamente se laboraba siempre en frío; una escultura así tratada es de un mérito superior.

La Catedral de Concepción conserva en su Sacristía una joya antigua de esta especie, tal vez la única herencia que guarda de la Colonia. Es un hermoso Cristo crucificado, de unos 0,50 mt. de altura; su color y líneas indican que sería hecho en el siglo XVII.

El Museo del Seminario de Santiago es aún de corta vida; sin embargo es digno de visitarse detenidamente. Hay en él una colección de Crucifijos de importancia. Llama nuestra atención uno grande en marfil viejo, de no menos de 300 años. Es de factura española, muy recias facciones y mus-

culatura; es más severo que atrayente, su rostro despide rigor más que misericordia. Desde la cabeza hasta los pies tiene de longitud mt. 0,63; igual es la distancia que hay de una mano a la otra, a través de sus extendidos brazos. Cuando lo observamos, presentimos que se trata de una obra de mérito aunque no tenga atracción. Nos hace el efecto de tener una cabeza algo más grande que la correspondiente a su cuerpo.

El reverso de la anterior escultura es un Cristo mucho más pequeño, pues sólo mide mt. 0,35 desde las manos a los piés. Lo creemos anterior al 1700, pero sin atrevernos a clasificar más su época. En cuanto a anatomía, estudiada por varios médicos, es perfecto. Sus facciones aún en la angustia con que eleva los ojos al cielo buscando al Padre, son hermosas y atrayentes. Es el Cristo que está *pendiente de la Cruz*, por eso sus manos están mucho más altas que la perfecta cabeza; y las piernas y los piés caen hacia abajo, no sirven al divino Ajusticiado para encontrar firmeza.

Sin pronunciarnos dogmáticamente, diremos que lo creemos flamenco, o hecho en España pero por autor de Flandes, y por un gran escultor de la época de Felipe II.

Tiene la particularidad de ser un solo trozo de marfil y de un color algo rubio.

Don Nicolás Lois, que tiene en su residencia un cúmulo de objetos interesantes en joyas y pinturas, posee varios marfiles. Entre ellos hay uno de mérito sobresaliente.

Se trata del Capitán romano San Sebastián, mártir. Es el mismo asunto de la escultura en madera que dijimos está en Los Andes, y que perteneciera a los Jesuítas. Además del martirio del Santo que está atravesado por varias flechas, esta preciosa escultura de mt. 0,59 de altura ha sufrido incendios y fracturas, y malos tratamientos de algunos anteriores dueños que no fueron dignos de tenerla en su morada. Diz que debajo de un catre estaban en un cajón los diversos huesos que la forman. Es de una superioridad manifiesta sobre la mayoría de esculturas; de facciones muy bien tratadas, como también todo el cuerpo. Parece evidente que es obra italiana, perteneciente a la época del Bernini, gran escultor que falleció en 1680. Yo conjeturo que este Santo

perteneció a los Jesuítas; pudiéramos así decir que es de buena familia, artísticamente hablando.

Don Fernando Irarrázaval tiene en su residencia de la Alameda un marfil de importancia. Se trata de un grupo formado por el Cristo y dos verdugos, en la flagelación: Jesús atado a la columna cae al suelo y allí le persiguen aún los azotes. Es de admirar la expresión de dolor y dignidad en el Divino Ajusticiado, como la crueldad de los verdugos.

Cada figura mide mt. 0,78; respecto a época y a nacionalidad, los expertos que lo han estudiado aseguran que es obra española del siglo XVII. Este valioso marfil forma parte del Mayorazgo del Marquesado de la Pica, instituído en 1728 por D. Antonio de Andía Irarrázaval y Bravo de Saravia.

He mencionado aquí 5 marfiles de importancia, otro vimos que guardan los Padres de Sto. Domingo. Hay muchos más en Conventos y en colecciones particulares; creo que una exposición de marfiles antiguos puede reunir más de 100; sería de gran interés e ilustración para todos.

PAPELERAS

Este fué un mueble muy usado en la Colonia y que prestaba importantes servicios en las casas. Era su construcción como Frontal, de mediana altura, colocado siempre sobre una mesa angosta que le servía de piés o base.

Estaba formado por multitud de pequeños cajones que se presentaban en 3 o en 5 series. En estos cajoncitos se colocaban ordenadamente los distintos objetos dignos de guardarse en relativa seguridad, como ser cartas, cuentas, útiles de uso diario, etc. Generalmente en la serie central de cajones había uno el doble mayor, que tenía en su cubierta una imagen pintada en placa de cobre, o bien una luna veneciana.

Como estos muebles no eran simples adornos en una habitación sino que llenaban grandes necesidades, todos los cajones llevaban su cerradura sólida en hierro; ésta se aplicaba por el interior con clavos hechos a mano, no con tornillos que entonces eran desconocidos. Estas cerraduras



Grupo de Marfil perteneciente a Dn. Fernando Irarrázaval.



LIBRARY
"JOSE T..."

Rincón con antigüedades coloniales.

(chapas como dicen) eran de forma larga o bien semejantes a corazón; el hierro o lengüeta que hacía la unión con la parte fija del mueble siempre era largo, angosto y grueso, absolutamente diverso del uso actual.

Estos muebles, si eran de mediana dimensión, se usaban de a dos en una sala, colocándolos sobre mesas. Cuando eran de gran proporción y de trabajo muy prolijo y artístico, sólo se tenía uno en la casa. Especialmente notamos esta práctica en los *Enconchados*. Don Carlos Edwards tiene dos Papeleras pequeñas que pertenecieron al Oidor D. José Clemente de Traslaviña, quien las legó a las Monjas Rosas, en la 2.ª mitad del siglo XVIII.

La Papelera que pertenece a los Padres de la Recoleta Domínica, que se ha colocado en la gran biblioteca del Convento, es un ejemplo de lo que digo respecto a los muebles de importancia. Este precioso ejemplar de muebles *Enconchados* perteneció a las señoras Aldunate que lo legaron a la Domínica. Consta de una mesa o consola angosta de piés salomónicos. Sobre dicha mesa va el gran mueble que es el 2.º cuerpo; lleva sus costados en ochavo, sin cajonería en ellos, sólo con una gran puerta. Sobre esta construcción va el 3er. cuerpo, que es un mueblecito más pequeño, como coronación total. Los interiores son todos en cedro; lo exterior es un enchapado exquisito de concha de perla, carey dorado por el revés, y líneas de plata en la unión de la concha y el carey.

Don Joaquín Figueroa tenía otro mueble de éstos, pero que está falto de la 3.ª parte. Este *Enconchado* fué de D. Joaquín Echeverría, pariente materno del Sr. Figueroa.

Generalmente estos enconchados fueron hechos en las Filipinas, siendo de allá llevados a España y a sus Colonias, en el siglo XVIII.

Del mismo material se fabricaban cajuelas, mesitas y marcos para espejos y Santos; así mismo frontales de altar y atriles, los que en el Perú son muy abundantes.

* * *

He enunciado que cuando eran de suma importancia estas

Papeleras no eran colocadas de a dos. Así sucedía siempre con éstas cuando estaban cubiertas de láminas de marfil grabado; como también cuando los frentes de cajones eran de piedras finas como pórfido, malaquita, ágatas, etc. Esta clase de muebles se fabricaba en España e Italia desde el Renacimiento. Si la memoria no me es infiel, el mejor de estos muebles que estaba en nuestra Colonia lo tiene D. Arturo Larraín Fontecilla, heredado de sus mayores. Muchos otros hay actualmente, pero venidos acá en estos años de Europa o de otros países sudamericanos más ricos que el nuestro.

VARGUEÑOS

Son semejantes a las Papeleras, pero éstos llevan una gruesa *tapa* que los cierra en absoluto; tienen adornos y amarras de hierros calados y una gran cerradura que siempre se colocaba sobre terciopelo o paño carmesí o punzó. Los vargueños mejores llevaban la ferretería dorada al mercurio, como también la llave, que era maciza. En los vargueños se voltea la tapa que los cubre y sirve para escribir sobre ella; dicha cubierta se apoya en dos maderos movibles que van embutidos en el pié del vargueño; estos maderos llevan visible siempre una buena talla, sea de cabezas o de conchas.

Actualmente la plaza está invadida de muebles de éstos que son imitación de antiguo; los legítimos fueron en nogal o en cedro. Don Eduardo Guzmán tuvo uno en cedro con finos dibujos de madera amarilla embutida.

CAJUELAS

Las hubo en innumerables formas, clases y maderas; muchas españolas, y muchas más hechas en Chile. Este fué el mueble para guardar que tuvo mayor adaptación en nuestra Colonia.

Las hay desde el Renacimiento hasta después de la Independencia. La mayoría de las cajuelas fabricadas en el país

son en madera de patagua; sus cajoncitos, como también la tapa son cubiertos de tallas, muy adocenada en general. A veces llevaban un departamento secreto. Se las adornaba principalmente con buen trabajo de hierros, tanto en la gran cerradura visible, como en las amarras largas en lugar de bisagras y en las asas de sus costados. Las cajuelas españolas más antiguas eran sumamente sóbrias en su exterior. Yo conservo una del siglo XVII, en jacarandá grueso que sólo tiene de adorno algunos trozos de plata labrada.

COFRES O ARCONES DE MADERA

Son éstos de gran dimensión, de construcción muy sólida. En la Sacristía de la Iglesia de la Viñita se conservaba 20 años atrás uno que había pertenecido a Doña Inés Suárez de Quiroga. Hacían las veces de cajas de seguridad, contra incendios y ladrones. Eran de madera muy gruesa y bien dentellada en los ángulos. Tenían 2 ó 3 grandes y firmes cierros de buen hierro con bocallaves grandes, muchas llevaban el águila Imperial. Por dentro siempre había inmediatamente debajo de la tapa un pequeño compartimento para dinero y alhajas, con una tapita muy firme embutida en la madera.

Como generalmente eran fabricados en el país, los hacían de patagua, ciprés o alerce muy grueso.

La Iglesia de San Juan Evangelista poseía dos arcones excelentes. Tanto en Sacristías como en las casas se utilizaban como sofá. Cabía en ellos todo lo que se deseaba guardar, prestando grandes servicios en los campos. Generalmente la cubierta tenía una muy pequeña curvatura.

COFRES DE CUERO

Los hay en cuero de Córdoba, como también los más hechos en el Perú, Colombia y Ecuador. Estimo que esta industria estaba bastante atrasada en nuestra Colonia, pues

todos los buenos ejemplares que conozco son traídos, hoy o antes, de fuera. Unos tenían su tapa curva, otros recta. El motivo principal de dibujo que tallaban en el cuero era el Aguila bicéfala, tanto al centro como en los costados del cofre, en seguida, combinación de ramazones con flores, racimos de uvas, aves picoteando aquí y allá, leones airados en las esquinas; todo esto sobre fondo verde oscuro, azul o rojo. Generalmente todos son policromados; los chilenos eran en cuero negro con dibujo falto de relieve y de interés. Todos llevaban gran cerradura de hierro calada, como largos hierros que unían la tapa con el cofre. Todo buen cofre de cuero tenía en cedro su armadura interior.

Había de estos cofres sin pintar, en el color natural del cuero. Generalmente el ajuar de una novia noble se colocaba en esta clase de muebles. Muchos de ellos pasaban después a las Iglesias para guardar ornamentos valiosos.

En el Museo Histórico he visto un ejemplar de cofre policromado, bastante interesante. Varios particulares tienen en superior clase aún.

Los más finos de éstos eran primeramente dorados y sobre el dorado venían las diferentes pinturas. Muebles de éstos que no sean fabricados en cedro, no son legítimos.

Los cofres de Córdoba siempre se colocaban sobre un pié de madera tallada, que daba al mueble altura cómoda; se llamaba *Burrito*, por estar soportando siempre el peso.

SILLONES DE VAQUETA

El cuero de ellos es exactamente de la misma preparación y trabajo que los cofres de que acabamos de hablar. Los hay en gran número y clases y épocas muy diversas en nuestro país. Yo mismo he tenido sucesivamente en el lapso de unos 30 años algunos más de cien para poseer ya tranquilamente 8. Nunca he encontrado una buena silla de vaqueta, legítimamente antigua, que no sea en madera de cedro. Hubo muchas en Chile; en las estancias, en los conventos, en oficinas era lo que se usaba. Como eran fuertes y sólidas, han podido conservarse, excepción hecha de las que ha destruído

la ignorancia. En España eran muy usadas, como podemos ver en retratos antiguos.

Ningún sillón de vaqueta antiguo lleva los dos largos maderos respaldares, *añadidos* ni *rectos*, siempre los hacían con un pequeño declive que comenzaba en el nivel del asiento y se pronunciaba hacia atrás más arriba: esta forma da cierta comodidad para sentarse y más elegancia al mueble, que de ambas curaban los antiguos. Algunos sillones son muy altos, termina su respaldar con dos penachos de madera, y también llevan en los pies delanteros una hoja tallada; el travesaño entre los dos piés del frente es ancho y completamente tallado. Los brazos tienen una pequeña ondulación, para hacerlos más cómodos.

Hay otro tipo de sillones de vaqueta más cuadrados, siendo, por tanto, su respaldar más bajo, y los brazos más anchos y rectos.

Respecto a los cueros o vaquetas que llevan estos muebles de asiento, se pueden tratar al igual que los cofres de cuero.

En Santiago tenemos sillones de vaqueta cuya edad fluctúa entre el siglo XVI y el XIX. Los cueros de ellos nos demuestran claramente su época, como también los adornos de clavos, sea en cobre, bronce o estaño.

Veinte años atrás encontré abundancia de vaquetas en la Casa de Ejercicios de Mendoza, cerca de Rengo, que está dotada de una interesante Iglesia antigua; asimismo en el convento de Franciscanos del Almendral, en S. Felipe. Todas ellas son criollas de nuestra tierra y supongo que aún se conservarán.

Hay también *sillas* y *banquetas* de vaqueta, pero a la vez que son bien interesantes y llenas de simpatía, es difícil encontrarlas.

ESCAÑOS

Todos los que he visto hechos en el país son de mediocre ejecución. Los hay en patagua y en cedro; generalmente son frailescos. En la Catedral hay 2 de 3 asientos y 4 de más asientos.

Estos metropolitanos son hechos en caoba oscura y pertenecen a la época del Directorio; son bastante interesantes, con fina talla los brazos y piés. En la nave norte de la Basílica de la Merced, hacia la Plazuela, se pueden ver tres escaños grandes, del siglo XVIII, de cuatro asientos cada uno.

Traídos de Calacoto y del Cuzco hay dos grandes escaños antiguos y muchos otros reconstituídos de fragmentos antiguos; pero ni unos ni otros han vivido nuestra vida colonial.

MESAS

Las primeras mesas chilenas eran de patagua o de alerce, como también de ciprés. Muchas veces iba la cubierta tapizada con un gran cuero bien curtido; éste se colocaba mojado y se clavaba por la parte inferior del borde de la mesa, dándole gran consistencia. Este mueble fué generalmente grueso y sólido, aunque no fuera su dimensión grande, llevaba trabas rectas entre los piés al llegar al suelo. Este era principalmente el tipo de mesas de comedor; para que prestaran mayor comodidad hacían la cubierta bastante saliente, y un cajón bajo ella. Extranjeras conozco dos mesas de comedor óptimas, las que estaban en Santiago en el Coloniaje. Son en jacarandá maciza. Una pertenece a D. Pedro Ruiz Tagle y la otra a D. Alejandro Huneeus. Ambas cuentan ya con 2 siglos de existencia. Del Perú parece que también llegaron a Chile mesas, pues he encontrado aquí muy antiguas en madera de cocóbolo o hierro, madera no elaborada ni producida en nuestro país, anteriores al 1700.

Ya del siglo XVIII se encuentran muchas. Nuestro Museo, que es nuevo y que ha tenido tan poca protección del Fisco, ha podido por el empuje de su Director adquirir varios buenos ejemplares de esta época, que creo son fabricados aquí. Ya en este siglo se usa más la curvatura de líneas y adornos de talla que en el XVII, que usó más sobriedad.

Las mesas de arrimo son más abundantes: son más bien altas que bajas, con uno o dos cajones en su frente, las curvaturas van generalmente acompañadas de una talla fina

que sigue el movimiento. Tenemos varias pertenecientes al período Reina Ana, como ser una de propiedad de la Sra. Lyon de Alamos; hay otras anteriores holandesas en jacarandá.

Después de 1705 llegaron de Inglaterra amoblados Reina Ana en laca roja y oro, los cuales abundaban en sillas sólidas, algo estiradas y anchas de asiento; venían con tapíz de suela. Uno de estos menajes fué de la familia García Huidobro. Además de los muchos muebles de asiento, constaba de una gran escribanía con espejo al centro y de un Reloj. He visto muy mal conservados algunos de estos muebles, raspada su laca por estimarla fea. Don Enrique Huidobro conserva varios con más estimación y conocimiento de su importancia.

En el país se fabricaron también muchas mesas copia de Chippendale o de Luis XVI, bastante rudimentarias, pero de mucho carácter. De éstas tienen casi todos los anticuarios, pues las hay abundantes.

MESAS RATONAS

Hoy en fuerza de tanta falsificación se hacen antipáticas; las construyen unas de pisos de piano, otras de dos sillas de caoba o jacarandá. Estas son las falsificaciones más decentes; las hay en madera blanda teñida de verde negruzco. La época de las ratonas es de 1650 a 1750. Los únicos ejemplares que conozco legítimos son en jacarandá. Pertenecen a la Sra. Lyon de Alamos, a D. Alfonso Fontecilla, a Monseñor Labbé, a D. Pedro Iñíguez y la superior de todas es de mi propiedad.

Estaban en los estrados de nuestros mayores; servían para depositar en ellas los útiles para el mate o el té, como también las costuras. Llevan un amplio cajón con su bocallave y dos tiradores de plata, con los mismos dibujos de los pies finamente cincelados.

Los 4 frentes de las ratonas son ondulados y la madera central es de gran espesor, de modo que permita bien el desmonte a uno y otro lado de cada centro; es imposible arquear

la jacarandá. Como dato curioso expresaré aquí que en el remate del menaje de D. Horacio Fabres, el año 1928, se pagó por una Ratona \$ 1.600.

MUEBLES DE ASIENTO

Hay dos tipos de muebles de asiento: europeos y nacionales. Advierto que no es materia de este artículo el *Mueble Imperio*, que es magnífico pero no pertenece a la *Epoca colonial*.

¿Cómo había en el país muebles extranjeros no españoles, siendo notorio que estaba prohibido a las naves extranjeras el comercio con Chile? Todo lo prohibido es más atrayente. Sabemos que barcos franceses con frecuencia comerciaron con las colonias hispanas; naves holandesas e inglesas no se quedaban rezagadas en este comercio entonces fraudulento, contando aún con la complicidad de autoridades de puertos. Inglaterra llegó a obtener en 1713 de España un permiso especial, según lo narra Barros Arana en su Historia de Chile. Desde fines del siglo XVII Holanda comerciaba con puertos del Pacífico; a estas expediciones debió en esa época su gran auge e importancia la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales. A estos factores debemos que llegaran a Chile desde 1680 muebles holandeses y poco después ingleses en relativa abundancia, de los cuales se han conservado hasta hoy varios ejemplares. En todos ellos los sofás son muy raros, los sillones más aún, pues no he visto ninguno en Chile, ni en el Perú o Bolivia; sillas hay algunas en modelos desde 1650 hasta 1780. Todas las sillas inglesas de esta clase eran en nogal al principio y desde 1735 en caoba, la que ya hizo furor en la 2.^a mitad del siglo XVIII con el gran fabricante Chippendale. La mayoría de sillas y sofás Reina Ana que se encuentran en Chile son en nogal. Don Eduardo Guzmán tenía años atrás unos muebles de asiento de esta clase, iguales a otra parte que pertenece a la Sra. Lyon de Alamos. Don Roberto Sánchez tenía un gran amoblado traído de Lima por D. Max Uhle; probablemente

trabajado en el Perú. El Museo tiene también varios modelos. Generalmente todos esos muebles fueron pintados primitivamente. No digo lo mismo de los muebles fabricados por la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales; esta Compañía no usó el laqué en sus obras, sea porque el clima no era propicio a la laca, sea porque tenía abundancia de maderas exquisitas, cuya riqueza no era para ocultarla.

Esta Compañía Holandesa de Indias Occidentales llevó a sus talleres los más expertos mueblistas de Holanda, país el más aventajado en los siglos XVII y XVIII en finos muebles; los estableció en Ceilán, donde usaban el jak semejante al nogal y el nedun (*Pericopsis Mooniana*) como la caoba; montó fábricas más importantes aún en varias regiones del sur de la India. En la India utilizó la rosa de Dalbergia, el ébano, el teak, el sándalo y la jacarandá. A esta gran Compañía debemos algunos ejemplares de muebles finísimos que aún quedan en Chile, como ser Cabinets, Mesas de centro, arrimos, las 5 mesas ratonas que ya nombré y principalmente varias sillas. Las mesas y sillas que hicieron en el siglo XVIII se singularizaban por sus piés con tres garras apretando una bola o bien con uña de cabro. Tenían una rodilla muy pronunciada; y tanto éstas como los piés eran con tallas. De estos muebles venidos de Indias tomó en Inglaterra el Queen Anne sus características, notándose en ellos cierta rigidez en el movimiento del respaldar, como también líneas rectas en el asiento.

Las mejores sillas de Indias Occidentales y de primera época fueron fabricadas en jacarandá; tenían amplitud en su respaldar algo curvo, amplitud en su asiento totalmente ondulado, mucha curvatura en las piernas, sin esa protuberancia en las rodillas que llegó más tarde.

Tanto la parte alta del respaldar como el frente del asiento y los finísimos piés de estas primeras sillas van cubiertas con talla de conchas o bien de pequeños cordones. Traen independiente de la silla el cojinete del asiento, el que viene armado en sólido marco de cedro y siempre se tapizaba en terciopelo o brocato de seda y a veces en cuero.

D^a. Adela Pérez de Balmaceda heredó de Don Santos Pérez 12 sillas interesantes.

D^a. María Luisa Mac-Clure de Edwards tenía 4. Don Pedro Ruiz Tagle encontró varias en la Calera de Tango. Don Emilio Reyes Echáurren tiene 4 mejores aún. El Museo Histórico tiene 2, tal vez exactas a las del Señor Reyes; y además 6 inferiores en clase y época.

Don Diego Antonio Barros, padre del historiador Barros Arana, tenía en su hacienda de Loma Blanca 24 sillas superiores a todas las que hemos visto en América. Además de estas sillas había otros ricos muebles en jacarandá y caoba, incrustados en bronce que trajo para su uso Marcó del Pont.

El Sr. Barros prestó para los gastos de la Independencia gruesas sumas de dinero, que en parte se le pagó con muebles de Marcó del Pont y con otros anteriores, como ser estas 24 sillas que la familia decía que habían pertenecido a la Real Audiencia. Una visita encontró hace más de 50 años en las bodegas de Loma Blanca unos armazones de jacarandá, y pudo completar 10 sillas de las 24 primitivas totalmente legítimas de la Compañía de Indias. De estas 10 sillas, 2 fueron obsequiadas a Don Alamiro Huidobro y las otras 8 se conservan en mi poder.

Don Carlos Sánchez García de la Huerta tiene también 3 sillas de la misma clase y época que éstas 10 de Loma Blanca, pero no pertenecen al mismo amoblado, pues el diseño es más angosto y menos elegante la traba inferior. La Facultad de Derecho en Buenos Aires tiene un buen lote de sillas muy parecidas, bien interesantes.

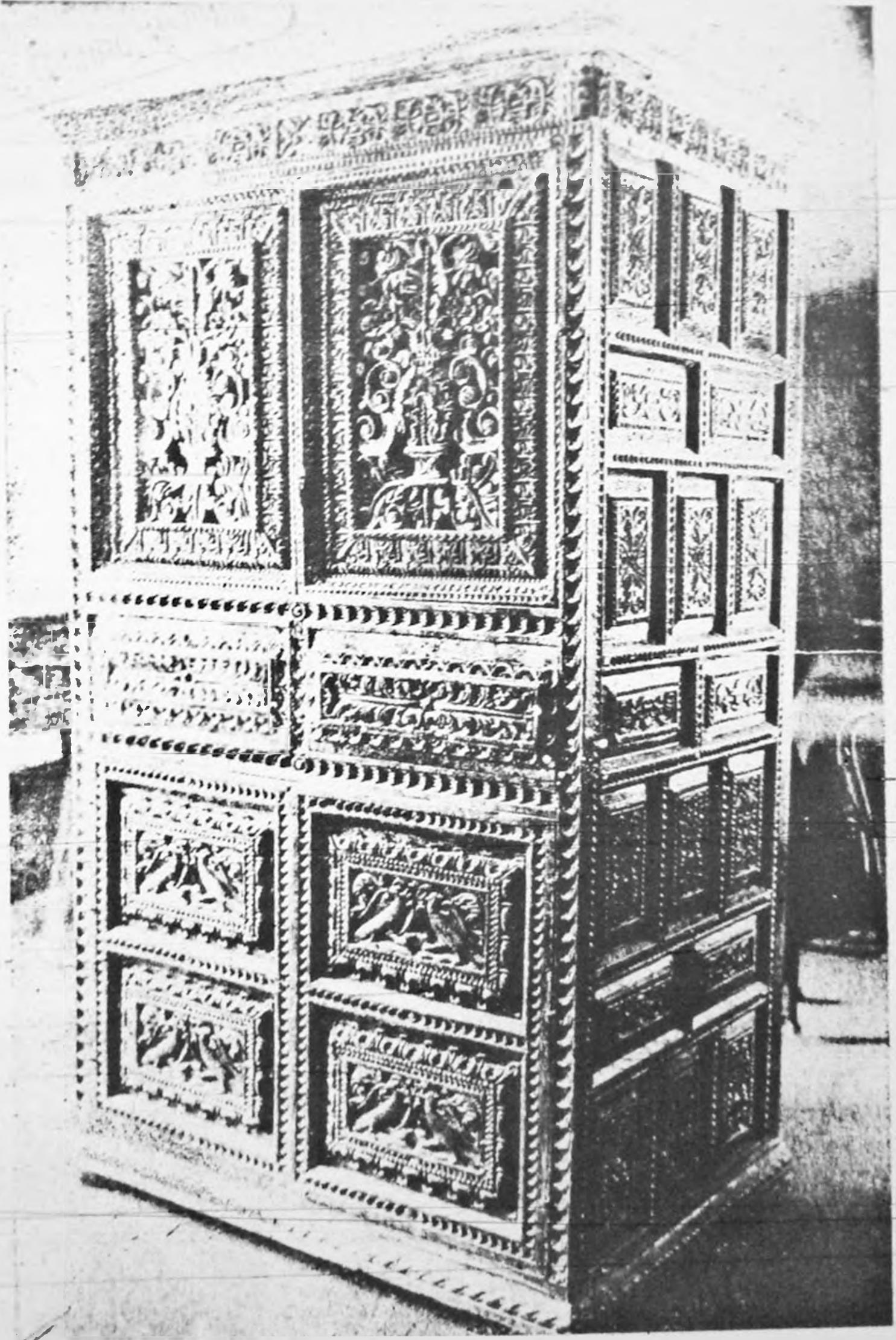
ARMARIOS

Este es el gran mueble, el de mayor importancia en el hogar antiguo. La riqueza del Armario guardaba armonía con la situación social y económica de la familia; asimismo con la preponderancia del Convento o Templo en cuya Sacristía se encontraba, si el Armario era frailesco.

Cuando el armario era mandado fabricar para Sacristía, generalmente se le construía en un solo cuerpo y con dos largas puertas por fuera, talladas y por el interior decoradas con imágenes religiosas. Llevaban adentro cajonería y



Silla de la Compañía Holandesa de las Indias.



Armario del Comedor de D^a. Ana Lyon de Alamos.

divisiones. No quita que tenga alguna sacristía otra clase de armarios, esto es en razón de donación o herencia de particulares.

En las Estancias había grandes armarios pintados; el puesto de ellos era el comedor de la casa. Los he visto en patagua, en ciprés y en alerce los nacionales; seguían la estructura de las puertas de la casa, muchas veces.

Pequeños armarios, con su fondo casi tan grande como el frente, y descansando en 4 gruesos piés cuadrados, hay muchos. Estos se hacen en un solo cuerpo. Todos llevan dos hierros trabados entre sí o pequeños goznes para sujetar las hojas de las puertas en los marcos, pues en la Colonia no hubo bisagras. Usaban mucho un gran cerrojo exterior, corredizo, hecho en el país.

Dos grandes armarios pintados tenían las Monjas Capuchinas cuando vivían en su viejo Monasterio de las calles de las Rosas y Bandera. En el centro de sus grandes puertas se veía el escudo del Rey de España, que los hizo fabricar en Lima y se los envió de obsequio a fines del siglo XVIII. Creo que eran en madera de alcanfór. Las monjas guardaban en ellos los paramentos más preciosos o más queridos.

También se fabricaron *grandes armarios* en el país, como fácilmente se comprueba por la inferioridad en los dibujos y se evidencia por las maderas chilenas de que están formados. Su altura era de mts. 2,50 por 1,60 de ancho y 0,60 de fondo. Los copiaban algo toscamente de los españoles: pero eran fabricados en un solo cuerpo. Se mezclaba en ellos para las barras gruesas el canelo o el ciprés, y los tableros eran en alerce de Valdivia, el que iba rebajado o con alguna talla central.

Un esbelto armario chileno de éstos está en poder de D. Joaquín Figueroa, y otro bien interesante posee nuestro Museo Histórico.

Doña Ana Lyon de de Alamos tiene, en el comedor de su señorial residencia Renacimiento Español, un armario de dimensión mediana, primorosamente tallado su exterior de madera de cedro oscuro.

Las puertas del cuerpo bajo llevan hermosas aves en medio de flores; las dos puertas altas cestos con flores en talla

calada que permite entrever misteriosamente el interior ricamente tapizado.

Se encuentra en nuestro país otro tipo de armario más común, si se quiere, pero también más fino que los del Museo y del Sr. Figueroa, los que son genuinamente nacionales.

Estos otros son extranjeros, y conozco de ellos 10. Es su altura de poco más de mts. 2 por 1,30 de ancho y 0,60 de fondo. Su construcción es en 2 cuerpos separados, y al cuerpo inferior pertenecen 2 ó 3 cajones que van sobre las dos grandes puertas. El exterior, por el frente y los costados, lleva una talla muy menuda y en poco relieve, con motivos Renacimiento, ocupando los grandes tableros, los que muestran al centro a veces hermosa cariátide.

Este armario es hecho en nogal o en cedro. Los marcos y las puertas y piés derechos van con embutidos de larga y ancha faja de madera de rosa o jacarandá. Giran las puertas mediante la trabazón de argollas de hierro cuyas extremidades doblan en el interior del mueble; son también en hierro las bocallaves y tiradores, forjado y tallado. El interior del cuerpo superior va rodeado de dos repisas bien salientes que sirven para colocar objetos; el exterior del cuerpo superior está coronado por una corniza baja que avanza audazmente hacia afuera. El mueble todo descansa en ancha moldura montada sobre dos cabezas aplastadas bajo tanto peso.

De estos armarios he visto los siguientes:

Dos en el Museo; uno de ellos fué del Obispo Martínez de Aldunate.

Uno de Don Rafael Correa E.

Uno de Don Eduardo Guzmán.

Uno de Don Alejandro Huneeus.

Uno del Obispo Arístegui, antes era del Obispo del Pozo y Silva.

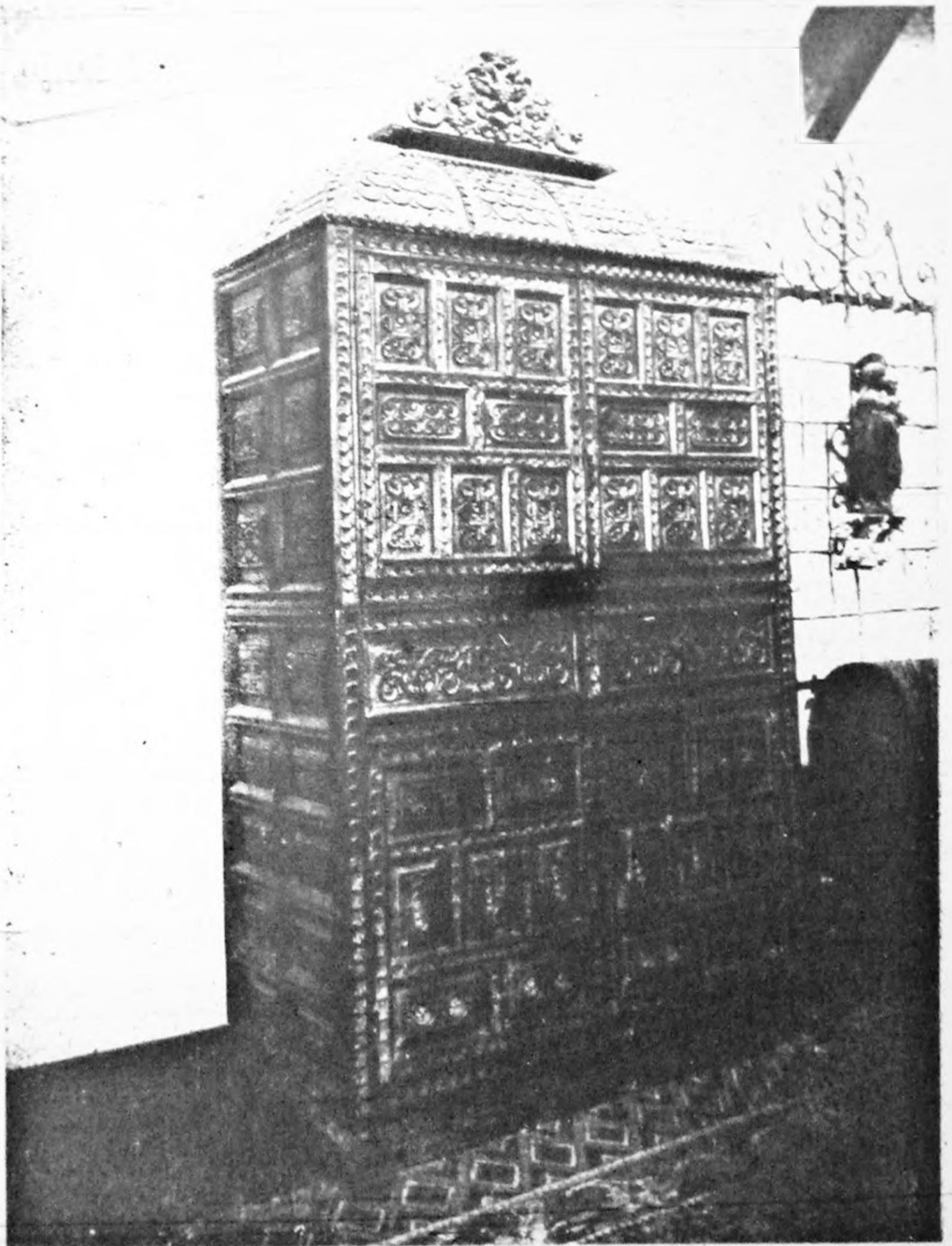
Uno del inglés Mr. Naylor, que vivía en Valparaíso.

Uno de Don Carlos Edwards Mac-Clure.

Uno de Monseñor Julio R. Labbé.

Uno de Doña Inés Suárez de Quiroga.

Estos armarios todos están sometidos a una misma idea concebida y a la misma ejecución. Sus variaciones son dentro de un mismo régimen, de un mismo ambiente.



Armario Renacimiento español, de mi propiedad.

Muchos se preguntan si estos armarios son nacionales o extranjeros; para mí es de toda evidencia su origen español. Me explicaré. El armario de D^a. Inés de Suárez está actualmente en el hall de la Residencia Arzobispal. Monseñor Casanova lo compró a la Iglesia de la Viñita, que lo había heredado de D^a. Inés, la que fundó la Ermita del Cerro Blanco, donde está la Viñita.

Cuando conocí este mueble hace 30 años, llevaba en su frente, en vieja pintura, el nombre de Inés de Suárez. Hoy está totalmente pintado de negro y lo han coronado con gran Mitra. Al no haber duda acerca de la primera propietaria de este armario, tampoco la hay de su origen español.

A mayor abundamiento, diré que nuestro país carecía de las maderas de que está hecho, ni en el siglo XVI se importaban a él tablas de nogal o jacarandá. Sus dibujos son finísimos y sometidos al orden y estilo Renacimiento. Nadie va a creer que los conquistadores llenaban sus días en esas artísticas labores, sabemos que vivieron duros años de luchadores.

Las damas que en esa época venían adquirieron y trajeron a Chile buenos objetos para su uso, empleando en ello el oro que les enviara Pedro de Valdivia; es natural que siguieran pidiendo a España otros muebles que les hicieran más llevadera la vida en estas tierras desmanteladas.

El ser hechos en dos cuerpos separados todos estos armarios, más fáciles de exportar, es también otra razón importante. Tres siglos de existencia en ellos es breve vida; miradlos bien, movedlos, si podéis, así juzgaréis de su resistencia.

Hay en Santiago otro *armario español* superior a los ya vistos, y que no está reproducido en Chile; es pieza única. Mide mts. 3 de altura, 1,60 de frente y 0,75 de fondo. Es de cuerpos independientes; su techo tallado se eleva en forma de urna, y en su cumbre está con sus alas abiertas una gran Aguila bicéfala coronada. Todo el exterior es totalmente tallado en mucho relieve del más puro Renacimiento; el 2.^o cuerpo tiene el interior de las puertas y de la cúpula igualmente tallado, y consta de hermosas galerías salientes. Está totalmente fabricado en grueso cedro de color natural.

Está dotado de bocallaves de Aguilas bicéfalas, de tiradores bien labrados y de 8 goznes; todo esto en hierro bien forjado y dorado. Acompañamos fotografía de él.

CAMAS

Hemos encontrado catres en fierro y en madera. Los catres de fierro tenían altos y delgados pilares que en su término estaban unidos por un marco de igual clase; dicho marco se cubría con un techo o cobertor de tela y de él pendía por los 4 costados una franja o vuelo ancho de la misma tela, que era en seda adamascada azul, perla o punzó. La cama se cubría siempre con un cobertor igual al pabellón.

En mis primeros años recuerdo haber dormido en cama de este tipo, veraneando en Ránguil, estancia que estaba en poder de la familia Urzúa desde principios de 1700.

Había dos formas de catres de madera, los que se usaban dorados o pintados, como también en color natural. Unos eran tal como los de fierro que acabo de citar; otros se construían con su respaldar alto guarnecido de elevada coronación, y la parte de los pies bastante más baja. Aun a nuestro país llegaron sólidos catres de cocóbolo, madera de las montañas del Brasil, muy preciada: tan dura que se le nombra madera de fierro.

Los catres de bronce, de alto pabellón, llegaron después de 1830.

Respecto a las diversas prendas de cama o de vestuario, he observado que los antepasados eran muy parcos, no tenían abundancia de ellas, según se observa en los Inventarios de Particiones.

Nuestra Colonia usaba en cortinajes de camas, como también en las salas, brocados adamascados de gruesa seda fabricada en Valencia, como también terciopelos riquísimos; predominaba el gusto por los colores moldoré, azul y verde. Estas telas tenían sólo mt. 0,55 de ancho; en el siglo XIX los telares pudieron tramar telas de mayor ancho. Pero los dibujos grandes, generalmente con anchas hojas, y flores de adormideras, eran los preferidos y continuán reproducién-

dose hasta hoy día. Las cortinas de brocato se usaban sin forro, pues no tenían revés. Las cortinas, carpetas de mesa y cobertores de cama llevaban un flequillo de seda del mismo color en los brocados, y de oro en los terciopelos.

Hojeando el Inventario de bienes dejado por Don Pedro Chaparro Chumacero y Rojas Chacón, he visto que en su casa de campo tenía cortinas de terciopelo con *galones de oro*.

Yo había leído en *Las Casas Troncales de Colchagua*: «Por esta época la fortuna de esta noble casa había sufrido grave quebranto. Según declaración de la Señora Mardones (de Chaparro Chumacero) «la edificación y plantíos de su sitio de Camarico se consiguieron con limosnas recibidas por sus hijas».

No entendiendo que tuvieran en su casa cortinajes de terciopelo con galones de oro, y que las hijas pidieran limosna, examiné el Testamento. El Historiador Amesti leyó dormido; no vió que la frase picante fué *intercalada* con distinta letra, distinta pluma, y distinta tinta; sin declarar aún la validez del *entre-líneas*, como es de derecho en los documentos.

Había también cortinas tiesas de cuero de Córdoba, de la misma clase de los cofres y de los sillones de vaqueta. La gran sala de las casas del Algarrobal, en Colina, perteneciente a Don José Tocornal, tenía un buen juego de ellas.

ESPEJOS

Los antiguos gustaron mucho de adornar sus salas con espejos. Usáronlos en marcos de madera tallada, pintada y dorada, generalmente alternando en la misma moldura partes con oro y otras con pintura.

Hubo otros muchos más finos; llevaban sobre la moldura tallada y dorada una larga y alta faja de oscuro cristal azul o verde, que seguía las sinuosidades de la moldura. Algunos traían sus lunas talladas por el revés con figuras de Dioses o guerreros, y esos cortes de cristal ricamente dorados. Su parte alta siempre venía con una coronación sobrepuesta, también con lunas talladas; la parte inferior terminada con ganchos arqueados de bronce que llevaban candilejas para

velas. Las luces se reproducían en los espejos, con admirable efecto. Se les llamaba *Cornucopias*; procedían de Venecia. También se fabricaron, tanto en Venecia como en España, con marcos y alta coronación en cristal tallado por el revés y sus dibujos dorados o plateados. El centro de la coronación mostraba alguna escena tallada. Llevaban en su base los dichos ganchos para velas. Doña Ana Lyon de Alamos tiene un magnífico ejemplar de estas cornucopias; en el Museo los hay en varias dimensiones y clases, en regular estado.

Don Manuel Enrique Grez tiene un gran espejo bastante interesante, en esta clase.

De Lima nos vinieron, a mediados de 1700, imágenes de Santos y Espejos en una rara clase de marcos, y muy rica, que actualmente gustan de falsificar en nuestro país.

De esta especie, lo mejor que he visto está en casa de Don Alberto Valdivieso Maza. Son dos legítimos espejos de 1750 al 60, en gran dimensión; tienen mt. 1,80 de altura por 1,20 de ancho; conservan sus antiguas lunas plateadas.

La madera del ancho marco va cubierta con pasta dibujada de pequeñas conchas, en fajas muy largas y en otras cortas transversales; sobre estos dibujos va una fina lámina de plata muy dúctil, cuya superficie recibe el dibujo de la pasta, que ha hecho las veces de molde; entre las fajas de plata van pequeñas tiras de espejos. La alta coronación lleva en su parte central un grupo de flores disecadas, protegidas por cristales.

Estaban estos dos espejos en las vecindades de Nos; habiéndose alejado de Chile el propietario, el Sr. Valdivieso los obtuvo en remate público.

De esta misma clase se fabricaron marcos que en lugar de espejitos llevaban vidrios pintados por el revés a manera de jaspe.

Don Luis Arrieta tiene en Peñalolén dos interesantes espejos de los que acabo de tratar; y el Museo un Oleo con este marco. ¿Y el bisoté desde cuándo se usa? Yo tengo un Grandfather Reina Ana, que lleva en su puerta un espejo bisoté; es de 1705; además anterior a ése, otro mueble holandés con su luna primitiva, oscura. Entonces se producía el corte

por medio de una pequeña ondulación que se daba al cristal por el revés.

LÁMPARAS - CANDELABROS

¿Cómo alumbraban sus habitaciones los antepasados nuestros en tiempo colonial? ¿Qué estupefacción les produciría la iluminación irradiante de hoy!

A las plazas y lugares públicos sabemos que el primer alumbrado les llegó de una lamparilla de aceite o de las primitivas velas de cebo y posteriores de estearina, que las imágenes religiosas recibían de la fe de los vecinos.

Las residencias de gente bien tenían en el dintel de la puerta un gancho de hierro con rondana; en él iba pendiente de cuerda un farolillo que servía para disipar las tinieblas, siquiera 50 metros a la distancia. Los frentes de Iglesias y Conventos, que eran muchos, hacían el resto del alumbrado público.

Los interiores estaban provistos de candeleros largos de hierro, portátiles, que descansaban en una base bien abierta de 3 ó 4 varillas del mismo metal; en la parte superior generalmente se embutía un grueso velón, o bien el candelero terminaba en aguda punta, en la que se introducían las velas.

Había abundancia de blandones o candeleros de cobre chileno, unos de base redonda, otros cuadrada; eran bajos y de ancha y honda candileja para no chorrear.

Uno que otro magnate se mandaba hacer candelabros de plata, muy simples, de 2 ó 3 velas, como también un par de candeleros que se colocaban con velas al lado del Cristo o de una imagen de la Virgen.

Ya en el siglo XVIII llegaron para Iglesias lámparas de colgar, de cristales; tenían una alta tulipa que se llamaba *parabrisa*, que protegía las velas contra el viento. Vinieron éstas a ayudar en su oficio a los largos ganchos de hierro pintado, provistos de hojas y flores decoradas; éstos estaban aplicados en los muros y pilares.

También se trajeron de España lámparas de bronce con

adornos de bronce laminado e impreso con dibujos en alto relieve; llevaban muchos colgajos de cristal. Los particulares fueron tomando para ellos estos adelantos que veían en los templos.

Los progresistas Jesuítas habían importado de la casa Lodmeyer, de Viena, un buen número de otras arañas. Eran de armazón elegante de fierro tableado y ricamente dorado a fuego; se revestía totalmente de láminas de cristal de Bohemia que seguían las mismas ondulaciones del fierro; cada unión de cristal iba cubierta con rosetas de cristal y pendían de toda la araña abundancia de cristales cortados, en forma de diversas hojas. Estas arañas deben haber sido muchas, pues he visto dos en una Iglesia, yo tengo un ejemplar y otra tenía Monseñor Labbé.

Ayudaban a la iluminación en los altares, como también en salones, las *mayas*, o placas de plata o metal plateado, que llevaban en su frente 2 ó 3 ganchos para velas, las que prendidas reflejaban sus luces en el metal.

Estas eran como los appliqués modernos.

Llegados de España, había interesantes Mecheros giratorios de bronce, que se usaban con pábilo y aceite de olivos del país.

TEJIDOS A MANO

La industria textil estuvo bastante adelantada en la colonia. Sabemos de los Jesuítas que en la Calera de Tang tenían talleres montados como los mejores de Europa para la fabricación de paños y castillas, ya que tenían en el país abundancia de lana en sus estancias. El retiro de los Jesuítas fué en esto un retroceso. Era usual antes de la Independencia que las señoras tejiesen en sus casas las largas medias que necesitaba cada familia, principiando desde el lavado de la ~~lana que ellas mismas hilaban~~ en compañía de las hijas, rivalizando entre ellas en la destreza para girar el huso en la tortera. Para los colores se valían de plantas o raíces silvestres, como el boldo, el rélbun, el campeche, etc.

Los Monasterios eran también grandes fabricantes de tejidos de lana. Quedan aún innumerables alfombras pequeñas,

tejidas en vistosos colores que servían para llevarlas a los Templos, como también para colocarlas en los estrados. Estas eran tejidas al telar, como también ponchos y otros aderezos para cabalgar.

Los abrigos de camas eran todos tejidos en el país; es muy moderna acá la importación de estas especies.

De fabricación de grandes alfombras en los hogares no tengo conocimiento, ni fueron usadas en las casas. Colocaban petates hechos finamente de trenzados de batro, y otros más gruesos de totora.

En el Partido del Maule se fabricó una rarísima especie de tapiz para el suelo, del cual alcancé a conocer algún ejemplar pequeño. El Pintor Molina, que nos dió ejemplo en el aprecio por lo colonial, tuvo restos de 2 ó 3 variedades de grandes tapices que él desenterró aquí de sacristías.

Yo ví algunos fragmentos; por los grandes dibujos de ellos se podía colegir cuán enorme era la dimensión de estos tejidos, que no podría bajar de 20 metros de longitud.

Era el tejido general delgado, de fino hilado de lana en color trigo ya seco; en dicho fondo se extendían grandes vasos que contenían plantas de hojas largas y de flores en vistosos colores. Campaban en el tapiz el amarillo del Rey con el azul viejo, el rosa y el verde nilo, siendo las guías y ganchos de la planta en su verde pasto. ¿Y cómo era toda esta viva maceta? En un relieve tan elevado todos estos grandes dibujos que había que pisar cautelosamente, pues se avanzaba por altos y bajos.

Aquí cabe una confesión, y arrepentido. Yo tuve un gran fragmento de éstos. ¡Quién pudiera decir yo tengo! Diré con el salmista: Delicta juventutis meæ ne memineris. Olvida, Señor, los delitos de mi juventud. Por razones fútiles me desprendí de él, y por un precio vil.

San Agustín, el pecador arrepentido, nos enseña que para los que aman a Dios, aún los pecados les sirven para su mayor bien. En este tapiz valioso que cambié por un plato de lentejas, yo algo gané, algo que es imponderable, *Experiencia*. Con esta grave error y con algunos más, he podido saber algo; en este libro de caracteres bien ásperos he debido leer para adquirir conocimientos que nos los encontré escritos en

mi mocedad, y que a fuerza de tener en mis manos objetos tras objetos y de mirar y de dejar otra vez de mirar, he debido conocer lo que antes no se nos enseñó a conservar.

Don Agustín Edwards tiene en su residencia de Londres otro grande y muy interesante trozo de estas alfombras chilenas, colocado a manera de gobelino. Según he oído, en los círculos de esa Corte ha sido bien admirado, y con sobrada razón.

PINTURA

Una de las más bellas manifestaciones del arte es la pintura; ella sirve para mantener viva por los retratos la presencia de personas queridas o importantes, como también para transmitir a las generaciones venideras acciones dignas de rememorarse.

No cerraremos, pues, estas páginas sin decir algo acerca de la pintura en la colonia. Muy sensible es, pero verdadero, que nuestra pintura fué pobre en número y más pobre aún en calidad antes de la independencia; el Maestro Gil, que dejó su nombre ligado a varios retratos, fué muy mediocre y floreció ya en la alborada de la República.

De España y más aún de Quito, llegaron muchas telas pintadas al óleo, casi todas de asuntos religiosos; desde 1654 comenzó una gran corriente de Oleos que salían del Ecuador con destino a Chile, que parece era buen mercado, ya que carecía de pintores. Quito no tuvo este negocio con el Perú que era país productor, ya que tanto en Lima como en el Cuzco se producía mucho, y en general mejor que lo quiteño. A mediados del siglo XVII comenzó a llegar a Santiago, desde Quito, esa verdadera falanje de telas que se conservan hasta hoy bajo los corredores del Claustro mayor de San Francisco; el asunto de ellos es la vida de San Francisco y de los primeros Santos de dicha Orden. Todos esos Oleos destilan candor y misticismo; compendian bien una época pléutica de fe. Bajo ese prisma pueden contemplarse; pero el arte tiene que sufrir bastante en ellos por falta de dibujos y de perspectiva.

Había en los muros de San Francisco, sobre algunas puertas de las celdas de los Padres, retratos de religiosos insignes de la Orden; estaban pintados al fresco. Hoy han desaparecido de los muros, tal vez por haber tenido que transformar parte del Convento.

Los Monasterios del Carmen, de la Victoria, de las Clarisas y de las Rosas, tuvieron abundancia de telas pintadas al óleo; rivalizaban entre ellos a cuál las tenía más faltas de mérito artístico.

Desde 20 años atrás han tenido interés por venderlas, pues sus tornos y locutorios eran frecuentados por muchos interesados; las Monjas las vendían como Santos, para que les rezaran; y lo que menos miraba el comprador, era lo pintado; los artistas compraban por proveerse de ricas molduras talladas y con adornos de oro; los pintores anticuarios para pintar sobre esas viejas telas Riveras y especialmente Corot. Era esa una época deliciosa para Chile; nacían en las riberas del Mapocho Corot unos tras otros, y todos se vendían a buenos precios; no es de dudar que varios habrán partido de Santiago a París.

Cuando hablamos de las Sacristías de la Catedral vimos que allí se encuentra una gran tela, la Cena del Señor, pintada para los Jesuítas en 1652, y traída probablemente de Sevilla.

De los Jesuítas heredó también la Catedral unos 40 lienzos al óleo, que tenían por tema a la Santísima Virgen en las diversas advocaciones de las Letanías lauretanas.

Todas esas pinturas fueron debidas a los hermanos pintores traídos por el Padre Haymhausen. Felizmente la Catedral fué obsequiándolas. Conserva sólo 4 ó 6, lo mejor de lo mejor; y éstas son mediocres. Algunas fueron destinadas a la Iglesia de San Juan Evangelista, otras a parroquias de fuera.

El Palacio Arzobispal tiene en las Salas de las Secretarías una bien interesante galería de retratos. Es la serie cronológica de Obispos que han gobernado esta Diócesis desde D. Rodrigo González Marmolejo, hasta la época presente; cada retrato lleva también su leyenda y el escudo del Obispo. Considerada esta galería bajo su aspecto histórico, es de

gran importancia; no silenciaremos que varios de esos retratos son de data reciente. Hay figuras venerables; otras de dulzura, fruto del propio vencimiento; hay rostros de ceño duro, por primar en ellos la justicia; en otros muchos se trasluce la nobleza y distinción de linaje. Si bien es cierto que no son obra de arte, que carecen mucho de relieve, en general, tienen mérito.

Para la Iglesia Chilena especialmente son un documento histórico de alta significación.

El Palacio Consistorial tiene en sus principales salones algunos interesantes retratos de personajes coloniales:

En la testera de la sala de honor está Don Pedro de Valdivia, interesante óleo obsequiado a Santiago en 1854 por D^a. Isabel, Reina de España. Anotamos también a Don Diego de Almagro, D. Francisco de Villagra, D. Martín de Mujica, D. Martín García Oñez de Loyola, D. Luis Muñoz de Guzmán, D. Alonso de Ribera, D. Juan de Balmaceda, D. Francisco Ibáñez de Peralta, D. Tomás Alvarez de Acevedo, D. Tomás Marín de Poveda, López de Zúñiga y D. Ambrosio O'Higgins.

El Museo Histórico tiene, entre otros, los siguientes de bastante interés:

1. Retrato del Iltmo. Obispo Alonso del Pozo y Silva, natural de Concepción, y Arzobispo de la Plata, fallecido en Santiago el 17 de Septiembre de 1715.

2. Retrato del Iltmo. Sr. Manuel de Alday y Aspée, natural de Concepción, Obispo de Santiago, fallecido en 1788.

3. Retrato de D. Judas Tadeo Reyes y Borda, natural de Santiago, Capitán General del Reino; murió en 1827. Pintura de José Gil.

4. Retrato del rey Don Fernando VII, pintado en Chile para la ceremonia con que se celebró su exaltación al trono. Fué pintado sin modelo, es de muy vistosos colores, sin mérito artístico.

5. Retrato de Don Manuel de Amat y Juniet.

6. Retrato de Doña María Antonia Lorca de Larenas. Pintura de Jil.

Dignamente considerados hay también en Santiago, en diversos hogares, retratos que no perecieron en épocas más ignorantes, y especialmente en los trastornos sociales de la Independencia y de la Revolución del 91.

Así vemos que Don Fernando Márquez de la Plata tiene en su residencia de la calle del Dieciocho los retratos de Don Diego Calvo Encalada y Orozco, 1er. Marqués de Villa Palma, de Don Manuel Calvo Encalada y Carvajal, 2.º Marqués de Villa Palma, y de Don José Márquez de la Plata, 4.º Marqués de Villa Palma.

La señora Errázuriz de Sánchez tiene un gran retrato al óleo de Don Fermín de Ustáriz y otro de medio cuerpo de Don Martín de Jáuregui.

El Conde del Puerto y del Castillejo, Don Fermín Francisco de Carvajal y Vargas, nacido en Concepción en 1722, es el único chileno que recibió de España el título de Duque. El Rey Carlos III creó para él el Ducado de San Carlos en 1782. Mandó a sus parientes de Chile retratos, de los cuales aún hemos visto en algunas casas.

Don Vicente García Huidobro tiene un gran óleo del Marqués de Casa Real, su antepasado, como también un retrato del Obispo Martínez de Aldunate.

Don Luis Echeverría tiene los retratos del Obispo Pardo de Figueroa y del Dean Recabarren.

Fuera de estos pocos retratos que hay en propiedad de los particulares nombrados, quedan muchos otros.

En general, son de escaso mérito, no debidos al pincél de grandes maestros, pero son importante documento de los primeros siglos de nuestra vida civilizada; hay, pues, suma conveniencia en reaccionar en este sentido, pasadas las convulsiones sociales ya mencionadas.

OBJETOS VARIOS

Bien difícil fué a los españoles en la primera colonia proveerse de los utensilios más indispensables para la vida doméstica. Por esta razón debieron proceder a los cambalaches con los aborígenes, valiéndose así de los objetos por ellos

usados primitivamente; de ellos también aprenderían la técnica textil y alfarera, que los antiguos la poseían con perfección. Con la extracción del oro y plata avanzaron rápidamente en el arte de la fundición; con ese fin Pedro de Valdivia trajo de Lima maestros fundidores. Así vemos que hubo en la colonia relativa abundancia de objetos de metal fundidos en el país; por otra parte Chile les fué generoso suministrándoles el oro y la plata, el cobre y el hierro, hasta locupletarlos.

La vajilla de las casas debió ser absolutamente nacional. Hasta mucho después de la Independencia eran de gran uso los platos y ollas, sartenes y fuentes, cántaros y tachos de greda cocida, del mismo sistema de fabricación de las tinajas que hemos visto se usaban en las bodegas de las Estancias. En cuanto a utensilios vidriados o revestidos de pintura antes de cocerlos al horno, estimo que no fueron fabricados en nuestro país durante la colonia. Las pocas piezas de importancia que conozco, unas fueron traídas del Perú por las Monjas Rosas cuando se establecieron en Santiago en 1754; de éstas posee un vaso interesante Don Alberto Valdivieso M. Otros vasos grandes han venido también posteriormente del Perú, de la misma fabricación de los famosos azulejos de San Francisco el Grande y del antiguo Convento de San Agustín. Todos ellos fueron fabricados en Lima, en Arequipa y en el Cuzco, con arcillas peruanas, pero por operarios españoles y con tintas españolas, siguiendo enteramente los mismos usos que en Talavera. Este importante ramo del colorido de la arcilla continuó en Lima hasta principios de 1800, siendo colocados los más modernos en los zócalos del Palacio Torre-Tàgle. Tanto en los vasos grandes como en los azulejos, todo el trabajo se efectuaba a mano, de modo que las decoraciones de ellos nunca salían uniformes; los colores dominantes eran el azul, el verde y el amarillo del Rey. En cuanto a azulejos o lozetas, los más interesantes que acá he visto son los dos trozos que hay en el zaguán de mi casa; y el vaso mayor, aunque monótono, de color azul pálido, perteneció a las Monjas Claras; actualmente está en poder de Don Moisés García Huidobro. Tanto en el colorido

de la alfarería prehispana como en la colonial se nota gran inferioridad en la nuestra comparada con la peruana.

En el centro de nuestro país creo que tendría este artículo poca riqueza, tal vez aventajaría algo a las lozas de Talagante. Los Jesuítas tenían una gran fábrica alfarera en la calle Maestranza, para proveer a la Capital.

En la 2.^a época de la colonia entró en actividad la plata para el uso doméstico. Se fabricaron fuentes y bandejas, platos hondos y planos, vasos y tembladeras, blandones, candeleros y vacinicas de plata, habiendo algo de esto en cada casa, pero subsistiendo en mayor escala el utensilio de greda y su auxiliar de cobre, del cual se conservan aun magníficos ejemplares especialmente en el ramo de braceros y pailas. No debemos silenciar aquí la existencia de cucharas, cucharillas y uno que otro tenedor de plata, que fueron tardíamente conocidos, a juzgar por los Inventarios antiguos. Los maestros plateros tuvieron bastante que trabajar en el ramo de mates y bombillas de plata que los coleccionistas vienen acaparando por docenas desde unos 20 años atrás; he dicho por docenas, pues generalmente fueron muy adocenados, en escasísimas variantes. Actualmente hay en la capital varios plateros que surten la plaza de objetos de plata imitación de antiguos.

Los mates que fueron de mayor uso por su comodidad eran los que llevaban la mancerina de calabazo; pocos eran fabricados totalmente de plata. El más rico y elegante de los mates coloniales está actualmente en el Tesoro de la Catedral; ingresó a él hace 12 años por obsequio de Don José Manuel Eguiguren. Había pertenecido al Obispo Marán. Es fino de líneas, hecho en plata con aplicaciones de oro pálido, hermosamente cincelado; la bombilla es de oro muy labrado. Este mate es de una gran semejanza de dibujos y forma al cáliz de oro que legó el Obispo Marán a la Catedral de Santiago.

En cuanto a toda suerte y variedad de utensilios de cobre es fama que la colección más abundante de ellos en el país, sin rival, la ha formado en largos años de paciente trabajo Don Emilio Reyes Echaurren.

En algunas casas quedan aun *morteros* de bronce y de co-

bre que están en pleno uso; una interesante colección de ellos está en poder de Don Moisés García Huidobro. Se fabricaron también hermosas y bien templadas *campanillas* en bronce y en cobre, comenzando su uso en el servicio del Culto y de él se extendió a los hogares. Hay ejemplares de ellas, simples o combinadas, con hermosos relieves e inscripciones, de época del Renacimiento. Muchas de ellas fueron traídas de España, pero las de cobre generalmente fueron fundidas en nuestro país, como también lo fueron sonoras campanas que aún lanzan a todo viento sus voces argentinas. En las torres de la Catedral hay varias de la época colonial; la Merced también las tenía, pero fueron ya desplazadas por el Carrillón.

EPÍLOGO

Por las páginas precedentes hemos visto que, a pesar de la incuria de la época anterior al siglo XX, subsiste en nuestro país un gran acervo de objetos y cosas interesantes y valiosas, históricamente hablando.

El ciudadano eminente que, adelantándose a sus contemporáneos, hizo en este sentido gran bien a la capital y al país fué don Benjamín Vicuña Mackenna; él laboró con acierto y buen gusto, conservando lo bueno y enseñando con su Exposición del Coloniaje.

En 1910, la Exposición con que celebramos el Centenario de nuestra Independencia dió nueva lección a la generación presente, al quitar el polvo que ya cubría lo colonial, y al exhibir en su belleza real o relativa las artes antiguas.

La Sociedad Chilena de Historia y Geografía habrá merecido bien de nuestra Patria si, a la vez que funda esta Sección de Estudios Coloniales, obtuviera del Supremo Gobierno una mayor protección e interés por el Museo Histórico, de los ciudadanos mayor culto por el pasado, y del uno y de los otros, un esfuerzo conjunto por conservar con amor y respeto toda tradición de nuestra grande e inmortal Raza Española.

Con la ya gastada pluma de ganso con que aprendí a es-

cribir he compendiado estas ideas que deseaban de mí los distinguidos colegas de la Sección Estudios Coloniales; a la benevolencia indulgente de ellos las confío.

He dado el ejemplo al tratar el primero este interesante tema de nuestra historia, y a la vez tan ignorado.

Lo he tocado someramente; pero como puede hacerse cien veces mejor, algún maestro en el saber y en el bien decir no tardará en enseñarnos en un profundo tratado.

LUIS ROA URZÚA,
Presbítero.

INDICE

Prólogo.....	5
--------------	---

POR LAS ESFERAS RELIGIOSAS

Convento Máximo de Franciscanos.....	10
Basílica de la Merced.....	13
Domínicos.....	14
Ermitaños de San Agustín.....	18
Iglesia Metropolitana.....	18

EN LAS ESFERAS CIVILES

Casas particulares.....	38
Casas de campo.....	41
¿Qué nos queda?.....	42
Mueblaje antiguo.....	44
Marfiles.....	46
Papeleras.....	48
Vargueños.....	50
Cajuelas.....	50
Cofres o arcones de madera.....	51
Cofres de cuero.....	51
Sillones de vaqueta.....	52
Escaños.....	53
Mesas.....	54
Mesas ratonas.....	55
Muebles de asiento.....	56
Armarios.....	58
Camas.....	62
Espejos.....	63
Lámparas. Candelabros.....	65
Tejidos a mano.....	66
Pintura.....	68
Objetos varios.....	71
Epílogo.....	74